

# Las flores del mal

Charles Baudelaire



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## **Las flores del mal**

Baudelaire, Charles

Se reconocen los derechos morales de Baudelaire, Charles.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## Al lector

La sandez, el error, la ruindad, el pecado,  
nos ocupan el alma y desgastan nuestro cuerpo,  
y alimentamos nuestros remordimientos complacientes  
igual que los mendigos sustentan sus parásitos.  
Nuestros pecados son testarudos, nuestros arrepentimientos son cobardes;  
nos hacemos pagar con generosidad las confesiones,  
y volvemos alegres al camino fangoso  
creyendo que lavamos nuestras lacras con lágrimas abyectas.  
En la almohada del mal es Satán Trismegisto  
quien acuna sin prisa nuestra alma encantada,  
y el valioso metal de nuestra voluntad  
acaba evaporado por ese sabio químico.  
¡El Diablo es quien sujeta los hilos que nos mueven!  
En cosas repugnantes hallamos atractivos;  
cada día descendemos un paso hacia el Infierno  
sin horror, a través de tinieblas que hieden.  
Igual que un libertino pobre que besa y come  
el pecho maltratado de una antigua buscona,  
robamos al pasar un placer clandestino  
que exprimimos a fondo como una naranja añeja.  
Apretado, hormigueante, como un millón de larvas,  
retoza en nuestros sesos un pueblo de Demonios,  
y cuando respiramos, baja la Muerte a nuestros pulmones  
en un río invisible, con sordos lamentos.  
Si ni la violación, ni el veneno, ni el puñal ni el incendio  
han bordado hasta ahora con sus gratos dibujos  
el banal cañamazo de nuestro destino lamentable,  
es que nuestra alma, por desgracia, no es lo bastante atrevida.  
Pero entre los chacales, las panteras, las perras de presa,  
los monos, los escorpiones, los buitres, las serpientes,  
los monstruos que gañen, aúllan, gruñen o reptan,  
en la casa de fieras infame de nuestros vicios  
¡hay uno más feo, más malvado, más inmundo!  
Aunque no gesticule ni lance grandes gritos,



haría con mucho gusto de la tierra un despojo  
y en un bostezo se tragaría el mundo;  
¡es el Hastío! —con los ojos hinchados de un llanto involuntario,  
sueña cadalsos mientras fuma su pipa india.  
Tú conoces, lector, a ese monstruo exquisito,  
¡hipócrita lector —mi doble—, hermano mío!

## Spleen e Ideal



## Bendición

Cuando, por un decreto de los poderes supremos,  
el Poeta aparece en este mundo hastiado,  
su madre horrorizada y desbordante de blasfemias  
crispa sus puños hacia Dios, que la compadece:  
«¡Ah, que no haya parido todo un nido de víboras,  
en vez de amamantar a esta irrisión!  
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros  
en que mi vientre concibió mi condena!  
¡Puesto que me elegiste entre todas las mujeres  
para que diera asco a mi triste marido,  
y puesto que no puedo arrojar a las llamas  
como esquila amorosa a este monstruo esmirriado,  
yo he de hacer que salpique tu odio que me abruma  
al maldito instrumento de tus malignidades,  
y tanto estrujaré este árbol miserable  
que verá malograrse sus brotes corrompidos!».

Así vuelve a tragarse la espuma de su odio  
y, como no comprende los eternos designios,  
ella misma prepara en el fondo de la Gehena  
las hogueras reservadas para los crímenes maternos.  
Sin embargo, bajo la tutela invisible de un Ángel,  
el Hijo desheredado se emborracha de sol  
y en todo lo que bebe y en todo lo que come  
encuentra la ambrosía y el néctar escarlata.  
Juega con el viento, conversa con la nube  
y cantando se embriaga con el vía crucis;  
y el Espíritu que lo acompaña en su peregrinación  
llora al verlo contento como un pájaro del bosque.  
Los que él pretende amar lo observan aprensivos,  
o bien, envalentonados ante su despreocupación,  
compiten por arrancarle una queja  
y hacen en él la prueba de su ferocidad.  
En el pan y en el vino destinados a su boca  
mezclan ceniza con impuros salivazos;  
rechazan hipócritamente lo que él toca

y se reprochan haber seguido sus huellas.  
Su mujer va gritando por las plazas públicas:  
«Ya que me ve lo bastante hermosa para adorarme,  
ejerceré el oficio de los antiguos ídolos,  
y como ellos quiero ser recubierta de oro;  
¡y me emborracharé de nardo, incienso, mirra,  
y de genuflexiones, de carnes y de vinos,  
para saber si en un corazón que me admira  
puedo usurpar riendo los homenajes a los dioses!  
Y cuando ya me aburran estas farsas impías,  
posaré sobre él mi mano endeble y fuerte,  
y, al igual que las uñas de las arpías, mis uñas  
sabrán abrirse paso hasta su corazón.  
¡Como un pájaro aún tierno que tiembla y que palpita,  
sacaré de su pecho el sangrante corazón  
y, para que se sacie mi fiera favorita,  
se lo arrojaré con desdén por el suelo!».  
Hacia el Cielo, donde su mirada divisa un trono espléndido,  
el Poeta sereno alza sus brazos piadosos,  
y los amplios destellos de su espíritu lúcido  
le nublan la imagen de los pueblos furiosos:  
—«¡Bendito seáis, Dios mío, que dais el sufrimiento  
como divino remedio de nuestras impurezas  
y como la mejor y la más pura sustancia  
que prepara a los fuertes para los deleites santos!  
Yo sé que reserváis un puesto para el Poeta  
en las filas beatíficas de las santas Legiones,  
y que lo convidáis al regocijo eterno  
de los Tronos, de las Virtudes, de las Dominaciones.  
Yo sé que el dolor es la única nobleza  
que la tierra y los infiernos jamás corromperán,  
y que para trenzar mi mística corona  
deben contribuir todas las edades y todos los universos.  
Pero ni las joyas perdidas de la antigua Palmira,  
ni los metales ignotos, ni las perlas del mar,  
engastados por vuestra mano, darían la medida  
de esta hermosa diadema resplandeciente y clara;  
¡porque no puede hacerse más que con pura luz  
sacada del hogar santo de los rayos primitivos,

y ante la que los ojos mortales, en todo su esplendor,  
apenas son espejos oscurecidos y dolientes!».



## II

### El albatros

Los marineros, por diversión, con frecuencia  
atrapan albatros, enormes pájaros de los mares  
que siguen, como indolentes compañeros de viaje,  
al navío que se desliza sobre los abismos amargos.  
Tan pronto han sido arrojados a cubierta,  
estos reyes del azul, torpes y vergonzosos,  
penosamente abaten sus grandes alas blancas  
como si fueran remos a uno y otro costado.  
¡Ese alado viajero, qué desmañado es y qué apático!  
¡Él, tan hermoso poco antes, qué cómico y feo resulta!  
¡Hay quien le hurga en el pico con su cachimba,  
quien imita cojeando al inválido que volaba!  
El Poeta se parece al príncipe de las nubes  
que es asiduo de la tempestad y se ríe del arquero;  
exiliado en la tierra entre los abucheos,  
sus alas de gigante le impiden caminar.

### III

#### Elevación

Por encima de charcas, por encima de valles,  
de montañas, de bosques, de nubes y de mares,  
más allá del sol, más allá del éter,  
más allá de los confines de las esferas estrelladas,  
espíritu mío, tú te mueves con soltura,  
y, como un buen nadador extasiado en las olas,  
surcas alegremente la inmensidad profunda  
con una voluptuosidad inefable y viril.  
Alza el vuelo muy lejos de estos mórbidos miasmas;  
llega a purificarte en el aire supremo,  
y bebe, como un puro y divino licor,  
el fuego transparente que colma los límpidos espacios.  
Tras los hastíos y los grandes pesares  
que oprimen con su peso la existencia sombría,  
feliz aquel que puede con ala vigorosa  
lanzarse hacia los ámbitos luminosos y sosegados,  
y cuyos pensamientos, igual que las alondras,  
hacia el cielo muy de mañana echan a volar libres,  
—¡quien flota sobre la vida y comprende sin esfuerzo  
el lenguaje de las flores y de las cosas mudas!

## IV

### Correspondencias

La Naturaleza es un templo donde pilares vivientes  
a veces dejan salir confusas palabras;  
allí se adentra el hombre entre bosques de símbolos  
que lo observan con miradas familiares.  
Igual que largos ecos fundidos a lo lejos  
en una tenebrosa y profunda unidad  
vasta como la noche y como la claridad,  
los aromas, los colores y los sonidos se responden.  
Hay aromas frescos como carnes de niños,  
suaves como los oboes, verdes como las praderas,  
—y hay otros corrompidos, intensos y triunfantes,  
expandidos igual que las cosas infinitas,  
como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso,  
que celebran los éxtasis del alma y los sentidos.

## V

Me gusta recordar esas desnudas épocas  
en que Febo doraba por placer las estatuas.  
El hombre y la mujer de entonces, en plena lozanía,  
gozaban sin engaño y sin ansiedad,  
y, mientras el amoroso cielo acariciaba su lomo,  
aprovechaban la buena salud de su noble mecanismo.  
Cibeles, que era fértil en frutos generosos,  
no consideraba a sus hijos una carga onerosa en exceso,  
sino que, como loba cuyo pecho llenaban las ternuras sencillas,  
nutría el universo con sus ubres oscuras.  
El hombre, elegante, sólido y fuerte, con justicia  
se sentía orgulloso de las mujeres hermosas que lo nombraban su rey;  
¡frutos limpios de daños y sin la más mínima grieta,  
cuya carne apretada y tersa atraía los mordiscos!  
Hoy el Poeta, cuando pretende imaginar  
aquellas grandezas prístinas, allí donde se exponen  
la desnudez del hombre y la de la mujer,  
siente envuelta su alma en un frío tenebroso  
ante ese negro cuadro repleto de pavor.  
¡Oh monstruosidades que echan de menos su ropa!  
¡Oh ridículos troncos!, ¡torsos dignos de máscaras!  
¡Oh pobres cuerpos retorcidos, flacos, panzudos o fofos,  
que el dios de lo Útil, implacable y sereno,  
enfajó siendo niños en pañales de bronce!  
¡Y vosotras, mujeres —¡qué pena!—, pálidas como cirios,  
que roe y alimenta la orgía, y vosotras, vírgenes  
que del vicio materno arrastráis la herencia  
y todos los horrores de la fecundidad!  
Tenemos, eso es cierto, naciones corrompidas,  
bellezas ignoradas por los pueblos antiguos:  
rostros roídos por los chancros del amor,  
y como si dijéramos beldades desmayadas;  
pero esas invenciones de nuestras musas tardías  
no impedirán nunca que las razas malsanas  
rindan un homenaje hondo a la juventud,  
—¡la santa juventud, de porte sencillo y frente suave,

de límpida mirada diáfana como corriente de agua,  
que va derramando alrededor, despreocupada  
como el azul del cielo, las flores y los pájaros,  
sus perfumes, sus cantos y sus dulces ardores!

## VI

### Los faros

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,  
almohada de carne fresca sobre la que no se puede amar,  
pero donde la vida afluye y se agita sin descanso  
como el aire en el cielo y la mar en la mar;  
Leonardo de Vinci, espejo hondo y sombrío,  
donde ángeles encantadores, con dulce sonrisa  
preñada de misterio, se aparecen a la sombra  
de glaciares y pinos que enmarcan sus paisajes;  
Rembrandt, triste hospital repleto de murmullos  
y decorado sólo con un gran crucifijo,  
donde el rezo lloroso brota de las basuras  
y un rayo de sol frío bruscamente atraviesa;  
Miguel Ángel, lugar impreciso donde se ve a los Hércules  
mezclarse con los Cristos, y levantarse erectos  
poderosos fantasmas que al ocaso  
desgarran su sudario alargando los dedos;  
Iras de boxeador, impudicias de fauno,  
tú que supiste captar la belleza de los granujas,  
gran corazón henchido de orgullo, hombre débil y pálido,  
Puget, melancólico emperador de galeotes;  
Watteau, ese carnaval donde tantos corazones ilustres,  
igual que mariposas, vagan resplandeciendo,  
decorados frescos y finos iluminados por lámparas  
que vierten la locura sobre el revuelo del baile;  
Goya, mal sueño lleno de cosas ignoradas,  
de fetos que se cuecen en medio del aquelarre,  
viejas ante el espejo y mocitas desnudas  
que se ajustan las medias para tentar a los demonios;  
Delacroix, lago de sangre infestado de ángeles malos,  
a la umbría de un bosque de abetos siempre verde,  
por donde, bajo el cielo tristón, unas fanfarrias extrañas  
pasan como un suspiro apagado de Weber;  
esas maldiciones, esas blasfemias, esas quejas,  
esos gritos y éxtasis y llantos y *Te Deums*,



son un eco que mil laberintos imitan;  
¡un opio divino para los corazones mortales!  
¡Es un grito que mil centinelas repiten,  
una orden transmitida por mil pregoneros,  
es un faro encendido sobre mil ciudadelas,  
una llamada de cazadores perdidos en los bosques!  
¡Pues sin duda, Señor, el mejor testimonio  
que pudiéramos dar de nuestra dignidad  
es este enardecido sollozo que rueda por los siglos  
y a morir llega al borde de vuestra eternidad!

## VII

### La musa enferma

Mi pobre Musa, ¡ay!, ¿qué te ocurre esta mañana?  
Tus ojos hundidos están habitados por visiones nocturnas,  
y veo que se alternan en tu tez reflejados  
la locura y el pánico, fríos y taciturnos.  
¿El súcubo verdoso y el rosáceo duende  
han vertido en ti el miedo y el amor de sus ánforas?  
¿Con travieso y despótico puño la pesadilla  
te ha ahogado en el fondo de un Minturno de fábula?  
Quisiera que exhalando un olor saludable  
frecuentaran tu pecho siempre ideas elevadas,  
y tu sangre cristiana fluyera en oleadas rítmicas  
como los sonidos prolongados de las antiguas sílabas  
donde alternan reinado el padre de los cantos,  
Apolo, y el gran Pan, el señor de las mieses.

## VIII

### La musa venal

Oh musa de mi corazón, que te prendas por los palacios,  
¿tendrás cuando enero deje suelto a su Bóreas,  
en los tedios sombríos de las nevadas noches,  
un tizón que caliente tus pies amoratados?  
¿Reanimarás entonces tus hombros ateridos  
con los rayos nocturnos que horadan los postigos?  
Al sentir tu bolsa tan seca como tu paladar,  
¿cosecharás el oro de las celestes bóvedas?  
Para ganar tu pan de cada día, debes  
balancear el incensario, igual que un monaguillo,  
cantar *Te Deums* en los que apenas crees,  
o, como saltimbanqui en ayunas, exhibir tus encantos  
y tu risa bañada por lágrimas que nadie ve,  
para que la chusma pueda partirse de risa.

## IX

### El mal monje

Sobre sus altos muros, los claustros antiguos  
exponían en cuadros a la santa Verdad,  
cuya impresión, caldeando las piadosas entrañas,  
templaba el frío de su austeridad.  
En aquel tiempo, cuando crecía la siembra del Cristo,  
más de un ilustre monje, hoy ya poco citado,  
tomando por taller el campo funerario,  
glorificaba a la Muerte con naturalidad.  
—Mi alma es una tumba que yo, mal cenobita,  
desde la eternidad habito y que recorro;  
nada embellece los muros de este claustro odioso.  
¡Oh monje holgazán! ¿Cuándo sabré yo hacer  
con el vivo espectáculo de mi triste miseria  
la obra de mis manos y el amor de mis ojos?

## X

### El enemigo

Mi juventud tan solo fue una oscura tormenta,  
atravesada a trechos por soles esplendentes;  
los rayos y la lluvia hicieron tal estrago  
que en mi jardín apenas quedan frutos bermejos.  
Ahora veo que he alcanzado el otoño de las ideas,  
y que debo emplear la pala y el rastrillo  
para recomponer las tierras inundadas  
donde el agua abre hoyos tan grandes como tumbas.  
¿Y quién sabe si las flores nuevas que sueño  
encontrarán en este suelo arrasado como un arenal  
el místico alimento que les daría vigor?  
—¡Oh dolor! ¡Oh dolor! ¡El Tiempo come vida,  
y el oscuro Enemigo que nos roe el corazón  
crece y se fortalece con la sangre que perdemos!

## XI

### La mala suerte

¡Para levantar un peso tan grande,  
Sísifo, haría falta tu valor!  
Aunque trabajemos con buen ánimo,  
el Arte es largo y el Tiempo corto.  
Lejos de las sepulturas célebres,  
hacia un cementerio recoleto,  
mi corazón, como un tambor destemplado,  
marca el paso de las marchas fúnebres.  
—Más de una joya duerme enterrada  
en las tinieblas y el olvido,  
lejos de piquetas y de sondas;  
más de una flor derrama sin gana  
su aroma suave como un secreto  
en las soledades profundas.



## XII

### La vida anterior

Mucho tiempo he vivido bajo espaciosos pórticos  
que los soles marinos teñían de mil fulgores,  
y cuyos grandes pilares, rectos y majestuosos,  
de noche les hacían parecerse a grutas de basalto.  
El oleaje, envolviendo las celestes imágenes,  
de manera solemne y mística mezclaba  
los todopoderosos acordes de su música excelsa  
con los colores del ocaso reflejado por mis ojos.  
Allí he vivido yo en las voluptuosidades serenas,  
en medio del azul, de las olas, de los esplendores,  
y rodeado de esclavos desnudos impregnados de aromas,  
que con hojas de palma refrescaban mi frente,  
y cuyo solo empeño era indagar la causa  
del secreto doloroso que me hacía languidecer.

### XIII

#### Gitanos viajando

La profética tribu de pupilas ardientes  
se echó ayer al camino, llevando a sus pequeños  
a la espalda, o librando a sus hambres caninas  
el tesoro siempre disponible de los pechos colgantes.  
Los hombres van a pie con sus armas lustrosas al hombro  
junto a los carros donde los suyos se agazapan,  
paseando por el cielo sus ojos embotados  
por la lúgubre queja de quimeras ausentes.  
Desde el fondo de su cubil de arena, el grillo,  
al mirarlos pasar, redobla su canción;  
Cibeles, que los ama, aumenta sus verdores,  
saca agua de la roca y da al desierto flores  
ante estos viajeros a los que espera abierto  
el familiar imperio de las tinieblas futuras.

## XIV

### El hombre y el mar

¡Hombre libre, tú siempre adorarás al mar!  
El mar es tu espejo; tú contemplas tu alma  
en el infinito despliegue de sus olas,  
y no es menos amarga que la suya la sima de tu espíritu.  
Te gusta sumergirte en el seno de tu imagen;  
la abrazas con los ojos y los brazos, y tu corazón  
a veces se sustrae de su propio murmullo  
con el ruido de esa queja indómita y salvaje.  
Los dos sois tenebrosos y discretos:  
hombre, nadie ha sondeado el fondo de tus abismos;  
oh mar, nadie conoce tus íntimas riquezas,  
¡así sois de celosos para vuestros secretos!  
Y sin embargo ya hace innumerables siglos  
que os peleáis sin piedad y sin remordimiento,  
hasta ese punto os gusta la matanza y la muerte,  
¡oh eternos luchadores, oh hermanos implacables!

## XV

### Don Juan en los infiernos

Cuando don Juan bajó al lago subterráneo  
y hubo entregado su óbolo a Caronte,  
un oscuro mendigo de mirada altiva, como Antístenes,  
agarró cada remo con sus robustos brazos vengativos.  
Enseñando sus pechos caídos y sus vestidos abiertos,  
unas mujeres se retorcían bajo el negro firmamento  
y, como un gran rebaño de víctimas ofrendadas,  
arrastraban tras él un mugido prolongado.  
Sganarelle le exigía entre risas su paga,  
mientras que don Luis, con dedo tembloroso,  
mostraba ante los muertos que erraban por la orilla  
al hijo audaz que hizo escarnio de sus canas.  
Estremeciéndose enlutada, la casta y flaca Elvira,  
junto al esposo pérfido y en otro tiempo su amante,  
parecía reclamarle una última sonrisa  
donde brillara la dulzura de su primer juramento.  
Muy tieso en su armadura, un gran hombre de piedra  
sujetaba el timón y surcaba la negra corriente,  
pero el héroe impasible, apoyado en su estoque,  
contemplaba la estela sin dignarse ver nada.

## XVI

### Castigo del orgullo

En aquellos tiempos maravillosos en que la Teología  
floreció como nunca en vigor y en potencia,  
se cuenta que un buen día un doctor de los más grandes  
—tras haber convertido corazones escépticos,  
y haberlos removido en sus honduras negras;  
tras haber recorrido hacia glorias celestes  
senderos singulares que ni él conocía,  
donde tan sólo puros Espíritus quizá habían llegado—,  
como quien ha ascendido demasiado, muerto de miedo,  
exclamó arrebatado por un orgullo satánico:  
«¡Jesús, Jesusito!, ¡te he encumbrado muy alto!,  
pero si hubiera querido atacar tus puntos flacos,  
tu vergüenza igualaría a tu gloria  
¡y no serías más que un feto irrisorio!».  
Perdió inmediatamente la razón.  
El brillo de aquel sol se veló con crespones;  
el caos total invadió aquella inteligencia,  
antaño templo vivo, lleno de orden y opulencia,  
bajo cuyo techo había resplandecido tanta fastuosidad.  
El silencio y la noche se instalaron en él  
como en una bodega cuya llave perdimos.  
Desde entonces fue como los animales callejeros,  
y cuando se alejó sin fijarse en nada, a campo traviesa,  
indiferente a inviernos y veranos,  
sucio, inútil y feo como un trasto viejo,  
era el hazmerreír y el gozo de los niños.

## XVII

### La belleza

Soy hermosa, ¡oh mortales!, como un sueño de piedra,  
y mi pecho, donde nadie se libra de estrellarse,  
está hecho para inspirar al poeta un amor  
eterno y mudo igual que la materia.  
Yo domino en el cielo como esfinge enigmática,  
reúno en mí un corazón de nieve y la blancura de los cisnes;  
odio la agitación que quiebra las líneas  
y nunca lloro y nunca río.  
Los poetas, ante mis poses solemnes,  
que parecen copiadas de los más altivos monumentos,  
consumirán sus días en austeros estudios;  
pues, para fascinar a estos amantes dóciles,  
tengo puros espejos gracias a los que todo es más hermoso:  
¡mis ojos, mis grandes ojos de fulgores eternos!



## XVIII

### El ideal

No serán nunca esas bellezas de estampita,  
productos defectuosos, hijos de un siglo golfo,  
de pies con borceguíes y dedos con castañuelas,  
las que podrán saciar un pecho como el mío.  
Dejo a Gavarni, poeta de las clorosis,  
su rebaño gorjeante de beldades de hospital,  
pues no puedo encontrar entre esas rosas pálidas  
una flor que se parezca a mi rojo ideal.  
Lo que necesita este corazón hondo como un abismo  
sois vos, *Lady Macbeth*, alma fuerte en el crimen,  
sueño que tuvo Esquilo bajo el rigor del austro;  
¡o tú, inmensa Noche, hija de Miguel Ángel,  
que retuerces tranquila en una pose insólita  
tus atributos curtidos por las bocas de los Titanes!

## XIX

### La giganta

En los tiempos en que la Naturaleza, con su inspiración fecunda,  
concebía a diario criaturas monstruosas,  
me hubiera gustado vivir junto a una joven giganta,  
como un gato voluptuoso a los pies de una reina.  
Me hubiera gustado ver cómo su cuerpo florecía con su alma  
y crecía libremente entre terribles juegos;  
descubrir si su pecho incubaba una llama sombría  
en las húmedas nieblas flotantes de sus ojos;  
recorrer a placer sus magníficas formas;  
trepar por la vertiente de sus rodillas enormes,  
y a veces, en estío, cuando los soles malsanos  
la obligan, fatigada, a tumbarse en la anchura del campo,  
dormirme tan campante a la sombra de sus pechos,  
como una aldea apacible al pie de una montaña.

## XX

### La máscara Estatua alegórica al gusto del Renacimiento

A Ernest Christophe, escultor

Contemplemos ese tesoro de gracias florentinas;  
en la sinuosidad de ese cuerpo musculoso  
abundan la Elegancia y la Fuerza, olímpicas hermanas.  
Esa mujer, pieza realmente milagrosa,  
divinamente robusta, adorablemente esbelta,  
está hecha para presidir lechos suntuosos  
y amenizar los ocios de un papa o de un príncipe.  
—Mira, si no, la leve sonrisa voluptuosa  
donde la Fatuidad saca a paseo su éxtasis;  
esa larga mirada ambigua, lánguida y burlona,  
el rostro remilgado, enmarcado de gasa,  
donde todo detalle nos dice con aire victorioso:  
«¡El Placer me reclama y el Amor me corona!».  
¡Mira cómo a este ser tan majestuoso  
le da un encanto excitante la gracilidad!  
Aproximémonos, y giremos en torno a su belleza.  
¡Oh blasfemia del arte!, ¡oh sorpresa fatal!  
¡La mujer de cuerpo divino, prometedor de dicha,  
en su cúspide acaba como un monstruo bicéfalo!  
—¡Pues no! Sólo es una máscara, un decorado adulator,  
ese rostro iluminado por un exquisito mohín,  
y, mira, ahí tienes, atrozmente crispada,  
la cabeza real, y la auténtica cara  
turbada y escondida tras la cara que miente.  
¡Oh gran belleza lastimosa!, el magnífico río  
de tu llanto desemboca en mi inquieto corazón;  
¡tu mentira me embriaga y mi alma se abreva  
del raudal que el Dolor extrae de tus ojos!  
—Llora, pero ¿por qué? Ella, beldad perfecta  
que a sus plantas pondría a la humanidad derrotada,  
¿qué misterioso mal roe su torso atlético?

—¡Ella llora, insensato, porque ha vivido!,  
¡y porque vive! Pero lo que deplora, sobre todo,  
lo que la hace estremecerse hasta las rodillas,  
es que mañana, ¡ay!, ¡aún habrá que vivir!  
¡Mañana, pasado mañana y siempre! —¡lo mismo que nosotros!

## XXI

### Himno a la belleza

¿Vienes del cielo profundo o sales del abismo,  
oh Belleza? Tu mirada, infernal y divina,  
derrama confundidos los favores y el crimen,  
por eso podemos compararte con el vino.  
Contienes en tus ojos el ocaso y la aurora;  
diseminas perfumes como una tarde tormentosa;  
tus besos son un bebedizo y tu boca un ánfora  
que hacen cobarde al héroe y valeroso al niño.  
¿Brotas de la sima negra o bajas de los astros?  
El Destino embrujado va pegado a tus faldas como un perro;  
siembras al azar la alegría y los desastres,  
y lo gobiernas todo sin responder de nada.  
Caminas sobre muertos, Belleza, y te burlas de ellos;  
entre tus joyas no es el Horror la menos fascinante,  
y el Asesinato, entre tus colgantes preferidos,  
baila amorosamente sobre tu vientre orgulloso.  
Deslumbrada, la mariposa nocturna vuela hacia ti, candela,  
crepita ardiendo y dice: ¡Bendita sea esta llama!  
El enamorado jadeante inclinado hacia su bella  
parece un moribundo que acaricia su tumba.  
Vengas del cielo o del infierno, ¿qué importa,  
¡oh belleza, monstruo inmenso, pavoroso, ingenuo!,  
si tus ojos, tu risa, tu pie, me abren la puerta  
de un Infinito que amo y nunca he conocido?  
De Satán o de Dios, ¿qué importa? Ángel o Sirena,  
¿qué importa, si tú —hada de ojos de terciopelo,  
ritmo, fulgor, perfume, ¡oh mi única reina! —consigues que sean  
el universo menos horrible y los instantes más ligeros?

## XXII

### Perfume exótico

Cuando a ojos cerrados, en una tarde cálida de otoño,  
respiro el olor de tu seno ardoroso,  
veo cómo se ensanchan litorales felices  
deslumbrados por rayos de un monótono sol;  
una isla perezosa donde la naturaleza ofrece  
árboles peculiares y frutos suculentos,  
hombres de cuerpo esbelto y vigoroso  
y mujeres que miran con franqueza que pasma.  
Guiado por tu olor hacia hechizantes climas,  
veo un puerto repleto de velas y de mástiles  
todavía cansados por la brega con las olas del mar,  
a la vez que el perfume de verdes tamarindos,  
que se esparce en el aire y da alas a mi olfato,  
se mezcla en mi alma con el canto de los marineros.

## XXIII

### La cabellera

¡Oh vellón, ensortijado sobre la cerviz!  
¡Oh bucles! ¡Oh perfume cargado de molicie!  
¡Éxtasis! ¡Para poblar esta noche la alcoba oscura  
con recuerdos que duermen en esta cabellera,  
quiero agitarla al aire como un pañuelo!  
El Asia lánguida y la ardiente África,  
todo un mundo lejano, ausente, casi muerto,  
en tus profundidades vive, ¡oh bosque aromático!  
Igual que otros espíritus en la música bogan,  
el mío navega, ¡oh mi amor!, en tu perfume.  
Iré allá donde el árbol y el hombre, en plena savia,  
se embelesan sin límite bajo la ardiente atmósfera;  
¡oh fuertes trenzas, sed la marea que me arrastre!  
Tú albergas, mar de ébano, un sueño deslumbrante  
de velas, de remeros, de gallardetes y de mástiles:  
un puerto bullicioso donde mi alma puede beber  
a grandes tragos el perfume, el sonido y el color;  
donde las naves, deslizándose sobre el oro y la seda,  
abren sus largos brazos para abarcar la gloria  
de un cielo puro donde vibra el eterno calor.  
Hundiré mi cabeza entregada a la ebriedad  
en ese negro océano donde el otro se encierra;  
y mi sutil espíritu acariciado por el vaivén  
sabrás encontraros —¡oh fecunda pereza!—,  
¡balanceos infinitos del recreo embalsamado!  
Cabellera azulada, palio de tinieblas tendidas,  
me traes el azul del cielo inmenso y curvo;  
en la pelusilla donde acaban tus mechones rizados  
me embriago ardientemente con aromas que mezclan  
el aceite de coco, el almizcle y la brea.  
¡Por mucho tiempo!, ¡siempre!, mi mano en tu maraña espesa  
sembrará el rubí, la perla y el zafiro  
¡para que a mi deseo nunca te muestres sorda!  
¿No eres el oasis con que sueño y el odre

donde aspiro a raudales el vino del recuerdo?



## XXIV

Te adoro igual que a la bóveda nocturna,  
oh cáliz de tristeza, oh gran taciturna,  
y te amo tanto más cuanto que huyes de mí, hermosa,  
y cuanto que pareces, adorno de mis noches,  
aumentar con creciente ironía las leguas  
que separan mis brazos de las inmensidades azules.  
Me abalanzo al ataque y escalo en el asalto,  
como junto a un cadáver un coro de gusanos,  
¡y me enternece, oh bestia implacable y cruel,  
hasta esa frialdad que me hace verte aún más hermosa!

## XXV

¡Meterías en tu alcoba el universo entero,  
mujer impura! El hastío hace tu alma cruel.  
Para que se ejerciten tus dientes en ese juego insólito,  
cada día necesitas un corazón en tu pesebre.  
Tus ojos, alumbrados igual que escaparates  
y que las luminarias rutilantes de los festejos públicos,  
ejercen con insolencia un poder que no es suyo,  
sin conocer jamás la ley de su belleza.  
¡Máquina ciega y sorda, en crueldades fecunda!  
Mediadora salvífica, que bebes la sangre del mundo,  
¿cómo no te avergüenzas, y cómo aún no has visto  
en todos los espejos palidecer tu encanto?  
La magnitud del mal en el que te crees sabia  
¿nunca te ha provocado un rechazo de espanto,  
cuando la naturaleza, grande en sus planes ocultos,  
se sirve de ti, oh mujer, oh reina de los pecados,  
—de ti, vil animal—, para dar forma a un genio?  
¡Oh cenagosa grandeza! ¡Sublime ignominia!

## XXVI

Sed non satiata

Rara deidad, oscura como las noches,  
perfumada con mixtura de almizcle y habano,  
invento de algún mago, el Fausto de la sabana,  
bruja de torso de ébano, hija de medianoches negras,  
prefiero al *nuits*, al *constance* y al opio,  
el elixir de tu boca donde el amor se pavonea;  
cuando hacia ti mis deseos parten en caravana,  
tus ojos son el aljibe donde bebe mi hastío.  
Por esos grandes ojos negros, tragaluces de tu alma,  
¡demonio sin piedad!, viérteme menos fuego;  
no soy el Estigio para poseerte nueve veces,  
¡por desgracia!, y no puedo, libertina Megera,  
para domar tu ardor y acorralarte,  
hacerme Proserpina en tu infierno de cama.

## XXVII

Con sus vestidos ondulantes y nacarados,  
hasta cuando camina se diría que baila,  
como esas largas serpientes que los juglares hieráticos  
agitan cadenciosamente en la punta de sus varas.  
Como la arena lúgubre y el cielo del desierto,  
insensibles los dos al sufrimiento humano,  
como las largas redes del oleaje marino,  
ella se desenvuelve con indiferencia.  
Sus ojos bruñidos están hechos de minerales mágicos,  
y en esa naturaleza simbólica y extraña  
donde el ángel immaculado se une a la esfinge antigua,  
donde no hay más que oro, acero, luz y diamantes,  
resplandece para siempre, igual que un astro inútil,  
la fría majestad de la mujer estéril.

## XXVIII

### La serpiente que baila

¡Cómo me gusta ver, querida indolente,  
espejear la piel  
de tu cuerpo tan hermoso, igual  
que una tela oscilante!  
Sobre tu espesa cabellera  
de perfumes acres,  
mar fragante y vagabundo  
de olas azules y sombrías,  
como un navío que se despierta  
con el viento matutino,  
zarpa mi alma soñadora  
rumbo a un cielo lejano.  
Tus ojos, donde no aflora nada  
de dulce ni de amargo,  
son dos joyas frías donde se mezcla  
el oro con el hierro.  
Viéndote andar cadenciosa,  
bella en tu desaliño,  
pareces una serpiente que baila  
en la punta de un bastón.  
Bajo el peso de tu pereza  
tu cabeza infantil  
se balancea con la blandura  
de un joven elefante,  
y tu cuerpo se cimbreo y se estira  
como una fina nave  
que se escora a un lado y a otro y hunde  
sus vergas en el agua.  
Como un raudal ensanchado al fundirse  
glaciares rugientes,  
cuando el agua de tu boca asciende  
al filo de tus dientes,  
me parece beber un vino de Bohemia,  
amargo y triunfal,

¡un cielo líquido que salpica  
de estrellas mi corazón!

## XXIX

### Una carroña

Recuerda lo que vimos, alma mía,  
una bella mañana de verano tan dulce:  
a la vuelta de un sendero, una carroña infame  
sobre un cauce sembrado de guijarros,  
con las piernas al aire, como una mujer lúbrica,  
hirviendo y rezumando venenos,  
abría de forma cínica e indolente  
su vientre henchido de emanaciones.  
El sol irradiaba sobre aquella podredumbre  
como para asarla hasta su punto,  
y para devolver centuplicadas a la Naturaleza  
todas las piezas que juntas había armado.  
Y el cielo miraba cómo la espléndida osamenta  
se abría lo mismo que una flor.  
Tan fuerte era el hedor, que tú sobre la hierba  
creíste desmayarte.  
Las moscas zumbaban sobre aquel vientre pútrido  
del que salían negros batallones  
de larvas, que fluían como un espeso líquido  
sobre los harapos reanimados.  
Todo aquello bajaba, subía como una ola,  
o se abalanzaba chisporroteante;  
parecía que el cuerpo, hinchado por un vago aliento,  
vivía multiplicándose.  
Y desprendía aquel mundo una música extraña,  
como el agua que corre y el viento,  
o el grano que quien criba con movimiento rítmico  
agita y revuelve en su cedazo.  
Las formas se borraban y no eran más que un sueño,  
un esbozo lento en aparecer  
sobre el lienzo olvidado, y que el artista finaliza  
solo mediante el recuerdo.  
Tras los peñascos una perra inquieta  
nos miraba con gesto arisco

espiando la ocasión para recuperar del esqueleto  
el pedazo que había abandonado.  
—¡Y sin embargo, tú has de ser semejante a esta porquería,  
a esta horrible infección,  
estrella de mis ojos, sol de mi naturaleza,  
tú, mi ángel y mi pasión!  
¡Sí! Así mismo serás, oh reina de la gracia,  
tras los últimos sacramentos,  
cuando te vayas bajo la hierba y la profusión de flores  
para enmohecer entre las osamentas.  
¡Entonces, oh mi hermosa, diles a los gusanos  
que te comerán a besos  
que he guardado la forma y la esencia divina  
de mis amores descompuestos!



### XXX

#### De profundis clamavi

Imploro tu piedad, Tú, la única que amo,  
desde el hondón oscuro donde ha caído mi corazón.  
Esto es un universo lóbrego de horizonte plumizo,  
donde flotan de noche el horror y la blasfemia.  
Un sol que no calienta planea allá arriba seis meses,  
y los otros seis meses la noche cubre la tierra;  
éste es un país más desnudo que la tierra polar;  
—¡Ni bichos, ni riachuelos, ni verdes, ni bosques!  
Pues no hay horror que supere en el mundo  
a la fría crueldad de este sol congelado  
y a esta inmensa noche parecida al viejo Caos;  
envidio yo la suerte de los animales más viles  
que pueden sumergirse en un sueño torpón,  
¡tan lenta se devana la madeja del tiempo!

## XXXI

### El vampiro

Tú que, como una cuchillada,  
entraste en mi pecho doliente;  
tú que, fuerte como un rebaño  
de demonios, viniste, loca y engalanada,  
a transformar mi espíritu humillado  
en tu cama y tu heredad;  
—infame a quien estoy atado  
como un forzado a la cadena,  
como al juego el jugador tozudo,  
como a la botella el borracho  
y a los gusanos la carroña,  
—¡maldita, maldita seas!  
He rogado a la espada rápida  
que conquiste mi libertad,  
y he dicho al veneno pérfido  
que socorra mi cobardía.  
¡Ay de mí!, el veneno y la espada  
me han respondido con desprecio:  
«No mereces que te saquemos  
de tu maldita esclavitud,  
¡imbécil! —si de su dominio  
te librarán nuestros esfuerzos,  
¡tus besos resucitarían  
el cadáver de tu vampiro!».

## XXXII

Una noche en que estaba con una horrible judía,  
como junto a un cadáver tendido otro cadáver,  
me puse a meditar ante el cuerpo vendido  
en la triste belleza a la que renuncia mi deseo.

Yo traía a mi mente su majestad indígena,  
su mirar con las armas del vigor y la gracia,  
sus cabellos en forma de casco perfumado,  
cuyo recuerdo excita mi deseo.

Pues hubiera besado con fervor tu noble cuerpo,  
y desde tus pies tiernos hasta tus negras trenzas  
habría desplegado el tesoro de las profundas caricias,  
si una noche, en un llanto logrado sin esfuerzo,  
pudieras tan siquiera, ¡oh reina de las crueles!,  
oscurecer el esplendor de tus frías pupilas.

### XXXIII

#### Remordimiento póstumo

Cuando te hayas dormido, mi bella tenebrosa,  
al fondo de un sepulcro hecho de mármol negro,  
y cuando solo tengas por alcoba y morada  
un panteón húmedo y una cóncava fosa;  
cuando la piedra, hundiendo tu pecho asustadizo  
y tu torso relajado por una deliciosa displicencia,  
impida que palpite tu corazón y ansíe,  
y que tus pies recorran tu carrera azarosa,  
la tumba, confidente de mi sueño infinito  
(porque la tumba siempre comprenderá al poeta),  
en esas largas noches donde el sueño es proscrito,  
te dirá: «¿De qué te sirve, cortesana incompleta,  
nunca haber conocido lo que lloran los muertos?».  
—Y el gusano roerá tu piel como un remordimiento.

## XXXIV

### El gato

Ven, hermoso gato mío, sobre mi pecho amoroso,  
contén las garras de tu pata,  
y deja que me hunda en tus ojos espléndidos  
entreverados de metal y de ágata.  
Cuando mis dedos acarician sin prisa  
tu cabeza y tu lomo elástico,  
y mi mano se embelesa con el placer  
de palpar tu cuerpo eléctrico,  
veo en mi mente a mi amada. Su mirada,  
como la tuya, amable bestia,  
profunda y fría, hiende y penetra como un dardo,  
y, de los pies a la cabeza,  
un fluido sutil, un peligroso aroma,  
flota alrededor de su cuerpo moreno.

## XXXV

### Duellum

Dos guerreros se han arrojado el uno contra el otro; sus armas han salpicado el aire de sangre y de destellos. Esos lances, esos chasquidos del hierro son el estrépito de una juventud víctima del amor plañidero. ¡Las espadas se han roto! ¡Como nuestra juventud, amada mía! Pero los dientes, las uñas aceradas, pronto vengan al sable y a la daga traidora. ¡Oh furia de los corazones maduros, ulcerados por el amor! En el barranco que rondan leopardos y panteras nuestros héroes, enlazados con saña, han caído, y su piel pondrá flores a las áridas zarzas. —¡Esta sima es el infierno, poblado de amigos nuestros! ¡Rodemos hasta el fondo sin un remordimiento, amazona inhumana, para que sea eterno el ardor de nuestro odio!

## XXXVI

### El balcón

¡Madre de los recuerdos, maestra de las queridas!  
¡Oh tú, mis placeres todos!, ¡la única a quien me debo!  
Habrás de recordar la belleza de las caricias,  
la dulzura del hogar y el embrujo de las noches,  
¡madre de los recuerdos, maestra de las queridas!  
Las noches iluminadas con el fulgor del carbón,  
y las noches ante el balcón, veladas por vapores rosáceos.  
¡Qué suave para mí era tu pecho!, ¡qué bueno conmigo tu corazón!  
Muchas veces dijimos cosas imperecederas  
en noches iluminadas con el fulgor del carbón.  
¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!  
¡Qué profundo el espacio!, ¡qué poderoso el corazón!  
Al inclinarme hacia ti, reina de las adoradas,  
me parecía respirar el perfume de tu sangre.  
¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!  
La noche se adensaba igual que una barrera,  
y en lo oscuro mis ojos adivinaban tus pupilas,  
y yo bebía tu aliento, ¡oh dulzura!, ¡oh veneno!,  
y tus pies se adormecían en mis manos fraternas.  
La noche se adensaba igual que una barrera.  
Conozco el arte de evocar los momentos felices,  
y revivo mi pasado acurrucado en tus rodillas.  
Pues ¿para qué buscar tus lánguidas bellezas  
si no es en tu querido cuerpo y en tu suave corazón?  
¡Conozco el arte de evocar los momentos felices!  
Estos juramentos, estos aromas, estos besos infinitos,  
¿renacerán de un abismo insondable para nosotros,  
como ascienden al cielo los astros rejuvenecidos  
tras haberse lavado en el fondo de los mares profundos?  
—¡Oh juramentos!, ¡oh aromas!, ¡oh besos infinitos!

## XXXVII

### El poseso

El sol se ha cubierto con un crespón. Como él,  
¡oh Luna de mi vida!, arrópate con sombra;  
duerme o fuma a tu gusto; sé muda, sé sombría,  
y sumérgete entera en la sima del Hastío.  
¡Yo te amo así! Sin embargo, si hoy quieres,  
como un astro eclipsado que deja la penumbra,  
pavonearte en lugares repletos de Locura,  
¡bien está! ¡Puñal precioso, brota de tu estuche!  
¡Enciende tu pupila con la llama de las lámparas!  
¡Enciende el deseo en la mirada de la gente vulgar!  
Todo en ti me da placer, mórbido o petulante;  
sé lo que quieras, noche negra, aurora roja;  
no hay una sola fibra de mi trémulo cuerpo  
que no grite: *¡Oh, querido Belcebú, yo te adoro!*



**XXXVIII**

Un fantasma

## I

### Las tinieblas

En los sótanos de insondable tristeza  
donde el Destino me ha relegado ya;  
donde nunca entra un rayo de luz rosada y alegre;  
donde, a solas con la Noche, esa huraña anfitriona,  
soy como un pintor al que un Dios burlón  
condena a pintar, ay, sobre las tinieblas;  
donde, como un cocinero de apetitos fúnebres,  
hiervo mi corazón y me lo como,  
por momentos brilla, se agranda y aparece  
un espectro gracioso y esplendente.  
Por su oriental aspecto soñador,  
cuando ha alcanzado toda su envergadura,  
reconozco a mi bella visitante:  
¡es Ella!, negra y, aun así, luminosa.

## II

### El perfume

Lector, ¿alguna vez has respirado  
con embriaguez y con tranquila glotonería  
ese grano de incienso que llena toda una iglesia,  
o un saquito de almizcle bien añejo?  
¡Encanto profundo, mágico, con el que nos embriaga  
en el presente el pasado restablecido!  
Así el amante sobre un cuerpo adorado  
coge la flor exquisita del recuerdo.  
De sus cabellos flexibles y espesos,  
vivo saquito, incensario de alcoba,  
subía un olor salvaje y montaraz,  
y de sus ropas, muselina o terciopelo,  
por completo impregnadas de su juventud pura,  
se desprendía un perfume de pieles.

### III

#### El marco

Como un hermoso marco añade a la pintura,  
aunque sea de un autor muy encumbrado,  
un no sé qué de extraño y de encantado  
al aislarla de la naturaleza inmensa,  
así joyas, metales, muebles y dorados  
se adaptaban en todo a su rara belleza,  
nada empañaba su claridad perfecta,  
y era como si todo le sirviera de orla.  
Incluso parecía a veces que pensaba  
que todo quería amarla; ahogaba  
su desnudez voluptuosamente  
en los besos del raso y de la ropa íntima,  
y, lenta o brusca, en cada movimiento  
mostraba la infantil gracia del mono.

### IV

#### El retrato

La Enfermedad y la Muerte transforman en cenizas  
todo el fuego que resplandeció para nosotros.  
De esos grandes ojos tan fervientes y tiernos,  
de esa boca donde mi corazón se ahogó,  
de esos besos poderosos como un bálsamo,  
de esos arrebatos más vivos que los rayos del sol,  
¿qué queda? ¡Es horrible, oh alma mía!  
Solo un dibujo muy pálido, al pastel,  
que, como yo, muere en la soledad,  
y que el Tiempo, ese anciano insultante,  
cada día restriega con su áspera ala...  
¡Negro asesino de la Vida y del Arte,  
no matarás jamás en mi memoria  
a la que fue mi placer y mi gloria!

### XXXIX

A ti entrego estos versos para que si mi nombre  
aborda felizmente en tiempos aún lejanos,  
y una noche hace pensar a las seseras humanas,  
como navío arribado gracias a un fuerte aquilón,  
la memoria de ti, parecida a las fábulas borrosas,  
importune al lector igual que un tímpano,  
y por un fraternal y místico eslabón  
quede como colgada de mis rimas altivas;  
¡ser maldito a quien, desde el abismo profundo  
hasta el cielo más alto, nada, excepto yo, atiende!,  
—¡Oh tú que, como una sombra cuya huella es efímera,  
oprimes con pie airoso y mirada serena  
a los necios mortales que te han juzgado amarga,  
estatua de ojos de azabache, ángel magnífico con frente de bronce!

## XL

### Semper eadem

«¿De dónde te viene, me decías, esa tristeza extraña,  
que crece como el mar sobre la roca negra y lisa?»  
—Cuando nuestro corazón ha vendimiado ya una vez,  
vivir es una desgracia. Es un secreto conocido por todos,  
un dolor muy simple y nada misterioso,  
y, como tu alegría, para todos notorio.  
¡Deja, pues, de buscar, oh mi bella curiosa!,  
¡y aunque tu voz sea dulce, calla!  
¡Calla, ignorante!, ¡alma siempre embelesada!,  
¡boca de risa niña! Más aún que la Vida,  
muchas veces la Muerte nos sujeta con lazos sutiles.  
¡Deja, deja que mi corazón se embriague con una *mentira*,  
que se hunda en tus ojos bellos como en un hermoso sueño  
y dormite a sus anchas a la sombra de tus pestañas!

## XLI

Ella toda

El Demonio, en mi desván,  
me vino a ver esta mañana,  
e, intentando cogermme en falta,  
me dijo: «Quisiera yo saber,  
entre todos los hermosos detalles  
de los que está formado su hechizo,  
entre los motivos negros o rosados  
que componen su cuerpo encantador,  
¿cuál es el más adorable?». —Oh alma mía,  
tú respondiste al Aborrecido:  
«Como todo en Ella es elixir,  
nada puede ser destacado.  
Cuando todo me cautiva, ignoro  
si algo en concreto me seduce.  
Ella deslumbra como la Aurora  
y consuela como la Noche;  
y es demasiado exquisita la armonía  
a que obedece su hermoso cuerpo,  
para que el análisis impotente  
descifre sus profusos acordes.  
¡Oh metamorfosis mística  
de todos mis sentidos confundidos en uno!  
¡Su aliento hace la música,  
igual que su voz hace el perfume!».

## XLII

¿Qué dirás esta noche, pobre alma solitaria,  
qué dirás tú, corazón mío, mustio corazón de antaño,  
a la muy bella, a la muy bondadosa, a la muy querida,  
cuya mirada divina de repente te ha hecho de nuevo florecer?  
—Pondremos nuestro orgullo a cantar sus alabanzas:  
nada iguala la dulzura de su soberanía;  
su carne espiritual tiene el aroma de los Ángeles,  
y su mirada nos reviste con un hábito de claridad.  
Sea en la noche y en plena soledad,  
o sea por la calle y entre la multitud,  
su fantasma en el aire baila como una antorcha.  
A veces habla y dice: «Soy hermosa, y ordeno  
que por amor a mí no améis más que lo Bello;  
soy el Ángel guardián, la Musa y la Madona».

## XLIII

### La antorcha viviente

Avanzan ante mí, esos Ojos henchidos de luces  
que un Ángel sapientísimo ha imantado sin duda;  
avanzan, esos hermanos divinos que son mis hermanos,  
agitando en mis ojos sus fuegos diamantinos.  
Protegiéndome de cualquier trampa y de cualquier pecado grave,  
guían mis pasos por el camino de lo Bello;  
ellos son mis sirvientes y yo soy su esclavo;  
mi ser todo obedece a esa antorcha viviente.  
Encantadores Ojos, resplandecéis con la claridad mística  
que conservan los cirios en pleno día encendidos: el sol  
enrojece pero no apaga su fantástica llama;  
ellos solemnizan la Muerte, vosotros cantáis el Despertar;  
avanzáis cantando el despertar de mi alma,  
astros cuya llama ningún sol puede deslucir.



## XLIV

### Reversibilidad

Ángel lleno de júbilo, ¿conoces la angustia,  
la vergüenza, los remordimientos, los sollozos, las inquietudes  
y los vagos terrores de esas horribles noches  
que oprimen el corazón como se estruja un papel?  
Ángel lleno de júbilo, ¿conoces la angustia?  
Ángel lleno de bondad, ¿conoces el odio,  
los puños crispados a escondidas y las lágrimas de hiel,  
cuando la Venganza toca a rebato infernal  
y se erige en capitán de nuestras facultades?  
Ángel lleno de bondad, ¿conoces el odio?  
Ángel de salud lleno, ¿conoces las Fiebres  
que, junto a los grandes muros del macilento hospicio,  
como exiliadas, van con paso renqueante  
buscando el sol escaso y mascullando entre dientes?  
Ángel de salud lleno, ¿conoces las Fiebres?  
Ángel lleno de belleza, ¿conoces las arrugas,  
y el miedo a envejecer, y ese repelente tormento  
de leer el secreto horror de la abnegación  
en los ojos donde tanto tiempo bebieron nuestros ávidos ojos?  
Ángel lleno de belleza, ¿conoces las arrugas?  
Ángel lleno de dicha, de alegría y de resplandor,  
David moribundo habría pedido la salud  
a los efluvios de tu cuerpo encantado;  
pero yo de ti imploro, ángel, tan solo tus plegarias,  
¡Ángel lleno de dicha, de alegría y de resplandor!

## XLV

### Confesión

Una vez, una sola, mujer dulce y amable,  
en mi brazo tu brazo terso  
se apoyó (sobre el fondo tenebroso de mi alma  
este recuerdo no se ha empañado);  
era tarde; lo mismo que una medalla nueva,  
la luna llena se exponía,  
y la solemnidad de la noche, igual que un río,  
sobre París dormido rutilaba.  
Y a lo largo de las casas, bajo las puertas cocheras,  
los gatos pasaban furtivamente,  
con la oreja al acecho, o también, como sombras amigas,  
lentamente nos acompañaban.  
De pronto, en medio de la intimidad libre  
surgida con la pálida claridad,  
de ti, rico y sonoro instrumento en el que vibra  
tan solo la radiante alegría,  
de ti, clara y gozosa igual que una banda de música  
en la mañana resplandeciente,  
una nota quejumbrosa, una insólita nota  
se escapó vacilante  
como una niña endeble, horrible, oscura, inmunda,  
de la que su familia se sonrojaría  
y a la que habría encerrado durante mucho tiempo, para aislarla del mundo,  
en secreto en un sótano.  
Tu nota, pobre ángel, cantaba desgarrada:  
«¡Qué inseguro es todo en este mundo,  
cómo ocurre siempre que, aun disfrazado con esmero,  
el egoísmo humano se traiciona;  
qué duro oficio es el de mujer hermosa,  
y qué trivial trabajo  
el de la bailarina alocada y fría que desfallece  
en una sonrisa maquinal;  
qué estúpido es construir sobre los corazones;  
cómo se desmorona todo, amor y belleza,

hasta que el Olvido los echa en su zurrón  
para llevarlos a la Eternidad!». He evocado a menudo aquella luna mágica,  
aquel silencio y aquella languidez,  
y aquella confidencia horrible musitada  
en el confesonario del corazón.

## XLVI

### El alba espiritual

Cuando en los libertinos el alba blanca y rojiza  
se asocia al Ideal que los consume,  
por obra de un misterio vengador  
en el sopor del bruto se despierta un ángel.  
El azul inaccesible de los Cielos Espirituales,  
para el hombre abatido que aún así sueña y sufre,  
se abre y se ahonda con la atracción del abismo.  
Así, querida Diosa, lúcido y puro Ser,  
sobre los restos humeantes de estúpidas orgías  
tu recuerdo más claro, más rosado, más encantador,  
ante mis ojos dilatados revuela sin cesar.  
El sol ha ennegrecido la llama de las velas;  
¡así, siempre triunfante, alma resplandeciente,  
tu aparición es igual al sol que nunca muere!

## XLVII

### Armonía del atardecer

Ya viene el tiempo en que al vibrar en su tallo  
toda flor se evapora igual que un incensario;  
sonidos y perfumes giran en el aire del atardecer;  
¡melancólico vals y desmayado vértigo!  
Toda flor se evapora igual que un incensario;  
el violín se estremece como un corazón que alguien aflige;  
¡melancólico vals y desmayado vértigo!  
El cielo está triste y hermoso como un altar mayor.  
El violín se estremece como un corazón que alguien aflige,  
¡un tierno corazón, que odia la nada vasta y negra!  
El cielo está triste y hermoso como un altar mayor;  
el sol se ahogó en su sangre coagulada.  
¡Un tierno corazón, que odia la nada vasta y negra,  
del pasado esplendente guarda cualquier vestigio!  
El sol se ahogó en su sangre coagulada...  
¡Tu recuerdo en mí brilla igual que una custodia!

## XLVIII

### El frasco

Hay perfumes intensos para los que cualquier materia es porosa. Se diría que atraviesan el vidrio.  
Al abrir una arquilla traída del Oriente cuyo cierre chirría y se resiste a gritos, o en una casa desierta algún armario lleno del acre olor del tiempo, polvoriento y oscuro, encontramos a veces un viejo frasco que contiene recuerdos, del que brota vivaz un alma retornada.  
Mil ideas dormían, funerarias crisálidas, temblando dulcemente en las densas tinieblas, que despliegan sus alas y se lanzan al vuelo, teñidas de azul, escarchadas de rosa, barnizadas de oro.  
Y de pronto el recuerdo embriagador revuela en el aire turbado; los ojos se cierran; el Vértigo atrapa el alma vencida y a dos manos la empuja hacia una sima oscurecida por los miasmas humanos; y la derriba al borde de un hondón secular, donde, como Lázaro maloliente rasgando su sudario, se remueve y despierta el espectral cadáver de un viejo y rancio amor, encantador y sepulcral.  
Así, cuando yo me haya perdido en la memoria de los hombres, y en el rincón de un siniestro armario me hayan metido, viejo frasco desconsolado, decrepito, polvoriento, sucio, abyecto, rajado y viscoso, ¡yo seré tu ataúd, amable fetidez!, ¡el testigo de tu fuerza y de tu virulencia, querido veneno preparado por los ángeles!, ¡licor que me corroe, oh vida y muerte de mi corazón!

## XLIX

### El veneno

El vino sabe revestir el tugurio más sórdido  
con un lujo milagroso,  
y hace surgir más de un pórtico de fábula  
en el oro de su vapor rojo,  
como un sol que se pone en un cielo nublado.  
El opio agranda lo que no tiene contornos,  
prolonga lo ilimitado,  
añade hondura al tiempo, excava en el deleite,  
y con placeres lúgubres y oscuros  
colma el alma más allá de su capacidad.  
Nada de eso es comparable al veneno que fluye  
de tus ojos, de tus verdes ojos,  
lagos donde mi alma tiembla y se ve del revés...  
Mis sueños acuden en tumulto  
para apagar su sed en esas hondonadas amargas.  
¡Nada de eso es comparable al terrible prodigio  
de tu saliva que muerde,  
que sumerge en el olvido mi alma sin remordimientos,  
y, mofándose del vértigo,  
la hace rodar desmayada hasta las orillas de la muerte!

## L

### Cielo nublado

Se diría cubierta de vapor tu mirada;  
tu ojo misterioso (¿es azul, gris o verde?)  
que a capricho se muestra tierno, cruel, soñador,  
refleja la indolencia y la palidez del cielo.  
Recuerdas a esos días blancos, velados, tibios,  
que hacen fundirse en llanto a los corazones embrujados,  
cuando, agitados por un mal desconocido que los retuerce,  
los nervios insomnes se burlan del espíritu adormecido.  
Te asemejas a veces a esos hermosos horizontes  
que iluminan los soles de estaciones brumosas...  
¡Oh cómo resplandeces, paisaje humedecido  
inflamado por los rayos que descienden de un cielo nublado!  
¡Oh mujer peligrosa, oh climas engañosos!  
¿Adoraré también tu nieve y vuestras escarchas,  
y sabré yo sacar del implacable invierno  
placeres más punzantes que el hielo y el hierro?



## LI

### El gato

#### I

En mi cabeza se pasea,  
como en su propio aposento,  
un bello gato fuerte, suave y encantador.  
Cuando maúlla, apenas se le oye,  
de tan tierno y discreto que es su timbre;  
pero su voz, ya se apacigüe o gruña,  
es siempre rica y profunda.  
Ahí está su atractivo y su secreto.  
Esta voz, que gotea y se filtra  
en mi interior más tenebroso,  
me invade como un verso cadencioso  
y me refocila como un bebedizo.  
Ella adormece los dolores más crueles  
y contiene todos los éxtasis;  
para decir las frases más largas  
no necesita palabras.  
No, no hay arco que rasque  
mi corazón, instrumento perfecto,  
y que haga con más majestad  
cantar su cuerda más vibrante,  
que tu voz, gato misterioso,  
gato seráfico, gato extraño,  
en quien todo, como en un ángel,  
es tan sutil como armonioso.

#### II

De su pelaje rubio y moreno  
sale un perfume tan suave, que una noche  
me impregné de él porque una vez  
lo acaricié, solo una.

Es el espíritu familiar de la casa;  
él juzga, él preside, él inspira  
cualquier cosa en sus dominios;  
¿es quizá un hada, es un dios?  
Cuando mis ojos, hacia ese gato que amo  
atraídos como por un imán,  
se vuelven dócilmente  
y miro entonces en mí mismo,  
veo con sorpresa  
el fuego de sus pupilas pálidas,  
claros fanales, vivientes ópalos,  
que me contemplan fijamente.

## LII

### El hermoso navío

Te voy a contar, ¡oh mórbida hechicera!,  
las muchas excelencias que engalanan tu juventud;  
quiero pintar para ti tu hermosura,  
donde la infancia se confabula con la madurez.  
Cuando pasas barriendo el aire con tu falda amplia,  
haces el efecto de un hermoso navío que se adentra en el mar  
a toda vela y se balancea  
marcando un ritmo dulce y perezoso y lento.  
Sobre tu cuello ancho y redondo, sobre tus hombros carnosos,  
se pavonea tu cabeza con un gracejo extraño;  
con ademanes plácidos y triunfales  
sigues tu camino, criatura majestuosa.  
Te voy a contar, ¡oh mórbida hechicera!,  
las muchas excelencias que engalanan tu juventud;  
quiero pintar para ti tu hermosura,  
donde la infancia se confabula con la madurez.  
Tu pecho que avanza y empuja el moaré,  
tu pecho triunfal es un precioso armario  
cuyos paneles combados y claros  
como escudos atraen los relámpagos;  
¡escudos provocadores, armados de puntas rosadas!,  
¡armario de suaves secretos, lleno de todo lo bueno,  
de vinos, de perfumes, de licores  
que harían delirar a los cerebros y a los corazones!  
Cuando pasas barriendo el aire con tu falda amplia,  
haces el efecto de un navío que se adentra en el mar  
a toda vela y se balancea  
marcando un ritmo dulce y perezoso y lento.  
Tus nobles piernas, bajo los volantes que apartan a su paso,  
atormentan los deseos oscuros y los excitan  
como dos brujas que remueven  
un bebedizo negro en un cuenco profundo.  
Tus brazos, que se burlarían de los precoces hércules,  
son poderosos émulos de las boas brillantes,

hechos para apretar obstinadamente  
a tu amante, como para imprimirlo en tu corazón.  
Sobre tu cuello ancho y redondo, sobre tus hombros carnosos,  
se pavonea tu cabeza con un gracejo extraño;  
y con semblante plácido y triunfal  
sigues tu camino, criatura majestuosa.

### LIII

#### La invitación al viaje

¡Mi chiquilla, mi hermana,  
imagina la dulzura  
de ir allá lejos a vivir juntos!  
¡Amarnos sin trabas,  
amar y morir  
en la tierra que se parece a ti!  
Los húmedos soles  
de esos cielos velados  
tienen para mi espíritu el encanto  
tan misterioso  
de tus traidores ojos  
brillando a través de sus lágrimas.  
Allí solo hay orden y belleza,  
lujo, calma y voluptuosidad.  
Muebles relucientes  
pulidos por los años  
embellecerían nuestra habitación;  
las más raras flores  
mezclando sus aromas  
a los vagos olores del ámbar,  
los enjoyados techos,  
los espejos profundos,  
el esplendor oriental,  
todo allí hablaría  
en secreto al alma  
en su suave lengua natal.  
Allí solo hay orden y belleza,  
lujo, calma y voluptuosidad.  
Mira en esos canales  
cómo duermen los barcos  
de temperamento vagabundo;  
solo para saciar  
tu más mínimo deseo  
vienen del fin del mundo.

—Los soles que se ocultan  
revisten los campos,  
los canales, toda la ciudad,  
de jacinto y oro;  
se adormece el mundo  
en una luz cálida.  
Allí solo hay orden y belleza,  
lujo, calma y voluptuosidad.

## LIV

### Lo irreparable

¿Podemos sofocar el viejo, el largo Remordimiento  
que vive, se agita y se retuerce,  
y se alimenta de nosotros como el gusano de los muertos,  
como la oruga del roble?  
¿Podemos sofocar el implacable Remordimiento?  
¿En qué bebedizo, en qué vino, en qué infusión  
ahogaremos a este antiguo enemigo,  
destructor y goloso como la cortesana,  
paciente como la hormiga?  
¿En qué bebedizo? —¿en qué vino?— ¿en qué infusión?  
Dilo, hermosa hechicera, ¡oh! di, si es que lo sabes,  
a este espíritu repleto de angustia  
y parecido al moribundo que aplastan los heridos,  
que magulla el casco del caballo,  
dilo, hermosa hechicera, ¡oh! di, si es que lo sabes,  
¡a este agonizante al que el lobo ya husmea  
y al que el cuervo vigila,  
a este soldado hecho trizas!, si ha de desesperar  
de tener una tumba y una cruz;  
¡este pobre agonizante que el lobo ya husmea!  
¿Se puede iluminar un cielo negro y cenagoso?  
¿Se pueden disipar las tinieblas  
más densas que la pez, sin mañana y sin noche,  
sin astros, sin resplandores fúnebres?  
¿Se puede iluminar un cielo negro y cenagoso?  
¡La Esperanza que brilla en las ventanas del Albergue  
está apagada, está muerta para siempre!  
¡Ir sin luna y sin destellos a encontrar cobijo  
para los mártires de un camino intransitable!  
¡El Diablo ha apagado del todo las ventanas del Albergue!  
Adorable hechicera, ¿amas a los condenados?  
di, ¿conoces lo imperdonable?  
¿Conoces el Remordimiento, de dardos envenenados,  
al que sirve de blanco nuestro corazón?

Adorable hechicera, ¿amas a los condenados?  
Lo Irreparable roe con su diente maldito  
nuestra alma, mausoleo deplorable,  
y a menudo, como las termitas, acomete  
contra el edificio por los cimientos.  
¡Lo irreparable roe con su diente maldito!  
—He visto a veces, al fondo de un teatro vulgar  
enardecido por la orquesta estruendosa,  
cómo un hada encendía en un cielo infernal  
una aurora milagrosa;  
he visto a veces al fondo de un teatro vulgar  
un ser que, no siendo más que luz, oro y gasa,  
derribaba al enorme Satán;  
¡pero mi corazón, nunca visitado por el éxtasis,  
es un teatro donde se espera  
siempre, siempre en vano, al Ser de alas de gasa!



## LV

### Charla

¡Eres un cielo hermoso de otoño, claro y rosado!  
Pero en mí la tristeza crece como la mar  
y deja, con el reflujo, en mi labio sombrío  
el recuerdo punzante de su légamo amargo.  
—Tu mano se desliza en balde por mi atónito pecho;  
el lugar que explora está saqueado, amiga mía,  
por la garra y el diente feroz de la mujer.  
No busques más mi corazón; se lo han comido las fieras.  
Mi corazón es un palacio ultrajado por la chusma;  
¡en él se embriagan, matan, se agarran por los pelos!  
—¡Un aroma flota en torno a tu busto desnudo!...  
¡Oh Belleza, severo azote de las almas, tú lo quieres!  
¡Con tus ojos de fuego, brillantes como días de fiesta,  
calcina estos jirones que han sobrado a las fieras!

## LVI

### Canto de otoño

#### I

Pronto nos hundiremos en las frías tinieblas;  
¡adiós, claridad viva de nuestros veranos tan cortos!  
Ya oigo cómo cae con golpes fúnebres  
la leña resonante en el empedrado de los patios.  
El invierno entero va a penetrar en mi ser: cólera,  
odio, escalofrío, horror, trabajo duro y forzado,  
y, lo mismo que el sol en su infierno polar,  
mi corazón será ya solo un rojo bloque helado.  
Escucho estremecido cada leño que cae;  
el cadalso al erigirse no tiene eco más sordo.  
Mi espíritu es igual que la torre que sucumbe  
a los golpes del ariete infatigable y sólido.  
Me parece, arrullado por ese golpe monótono,  
que a toda prisa clavan en algún sitio un féretro.  
¿Para quién? —¡Ayer era verano; aquí está ya el otoño!  
Ese ruido misterioso suena como una despedida.

#### II

Me gusta la luz verdosa de tus ojos rasgados,  
dulce belleza, pero hoy todo es amargo para mí,  
y nada, ni tu amor, ni tu reservado, ni la chimenea,  
me compensan del sol radiante sobre el mar.  
Y sin embargo, quiéreme, ¡corazón tierno!, sé madre,  
hasta para un ingrato, hasta para un malvado;  
amante o hermana, sé la dulzura efímera  
de un otoño glorioso o de un sol al ocaso.  
¡Breve afán! La tumba espera; ¡es codiciosa!  
¡Ah, deja que, apoyando mi frente en tus rodillas,  
saboree, añorando el verano blanco y tórrido,  
el sol suave y amarillo de la estación tardía!



## LVII

A una madona

Exvoto al gusto español

Quiero erigir para ti, Madona, amante mía,  
un altar subterráneo al fondo de mi desamparo,  
y horadar en el rincón más negro de mi corazón,  
lejos del deseo mundanal y de la mirada burlona,  
una hornacina, esmaltada de oro y de azul,  
donde tú te erguirás, maravillada Estatua.  
Con mis Versos bruñidos, malla de metal puro  
sabiamente cuajada de rimas de cristal,  
haré para tu cabeza una inmensa Corona;  
y con mis Celos, oh Madona letal,  
sabré confeccionarte un Manto, de manera  
bárbara, tosca y rígida, y forrado de recelo,  
que, como una garita, encerrará tus encantos;  
¡bordado no con Perlas, sino con todas mis Lágrimas!  
Tu Vestido será mi Deseo, estremecido,  
oscilante, mi Deseo que crece y que descende,  
en las cimas se mece, en los valles descansa,  
y reviste con un beso todo tu cuerpo blanco y rosa.  
Te haré con mi Respeto unos lindos Zapatos  
de raso, humillados por tus divinos pies,  
que, por encarcelarlos en un abrazo blando,  
guardarán su huella igual que un molde fiel.  
Si, pese a todo mi arte diligente, no puedo  
labrarte por Escabel una Luna de plata,  
situaré a la Serpiente que me roe las entrañas  
bajo tus talones, para que pisotees y ridiculices,  
Reina victoriosa y fecunda en redenciones,  
a ese monstruo infatuado de odio y salivazos.  
Verás que mis Pensamientos, en hileras como los Cirios  
ante el altar florido de la Reina de las Vírgenes,

constelando de reflejos el techo pintado de azul,  
te miran siempre con unos ojos de fuego;  
y como todo en mí se entenece contigo y te admira,  
todo se hará Benjuí, Incienso, Mirra, Olíbano,  
y hacia ti sin cesar, cumbre blanca y nevada,  
ascenderá en Vapores mi atormentado Espíritu.  
Por último, para completar tu papel de María,  
y para mezclar el amor con la barbarie,  
¡voluptuosidad negra!, con los siete Pecados capitales,  
verdugo repleto de remordimientos, haré siete Puñales  
muy afilados y, como un malabarista impasible,  
señalando por blanco lo más profundo de tu amor,  
los clavaré uno a uno en tu Corazón mientras jadea,  
en tu Corazón mientras solloza, en tu Corazón chorreante.

## LVIII

### Canción de siesta

Aunque tus cejas malignas  
te dan un aspecto extraño  
nada propio de un ángel,  
bruja de ojos que engolosinan,  
te adoro, ¡oh frívola mía,  
mi terrible pasión!,  
con la devoción  
de un sacerdote por su ídolo.  
El desierto y el bosque  
sahúman tus trenzas ásperas,  
tu cabeza tiene los ademanes  
del enigma y del secreto.  
Por tu carne merodea el perfume  
como alrededor de un incensario;  
embrujas como la noche,  
ninfa tenebrosa y cálida.  
¡Ah!, los bebedizos más fuertes  
no pueden compararse a tu desidia,  
y sabes hacer la caricia  
que resucita a los muertos.  
Tus caderas están enamoradas  
de tu espalda y de tus pechos,  
y cautivas a los cojines  
con tus lánguidas posturas.  
A veces, para aplacar  
tu rabia misteriosa,  
derrochas en mí, muy seria,  
los mordiscos y los besos;  
me desgarras, morena mía,  
con una risa burlona,  
y enseguida pones sobre mi corazón  
tu mirada suave como la luna.  
Bajo tus zapatos de raso,  
bajo tus lindos pies de seda,

yo coloco mi mayor alegría,  
mi genio y mi destino,  
mi alma sanada por ti,  
¡por ti, luz y colorido!,  
¡explosión de calor  
en mi negra Siberia!

## LIX

Sisina

Imaginad a Diana con séquito de gala,  
recorriendo los bosques o atravesando breñas,  
al viento cabellera y pecho, embriagándose de escándalo,  
¡soberbia y desafiadora de los mejores jinetes!  
¿Habéis visto a Théroigne, apasionada por la masacre,  
empujando al asalto a una multitud desharrapada,  
encendida de pómulos y ojos, muy en su papel,  
y ascendiendo, sable en mano, las escaleras reales?  
¡Pues así es Sisina! Pero la tierna guerrera  
tiene el alma tan caritativa como mortífera;  
su valor, excitado por la pólvora y los tambores,  
sabe deponer las armas ante los que suplican,  
y su corazón, devastado por las llamas, tiene siempre,  
para quien se muestra digno, una reserva de lágrimas.



## LX

### Franciscae meae laudes

Nobis te cantabo chordis,  
o novelletum quod ludis  
in solitudine cordis.  
Esto sertis implicata,  
o femina delicata  
per quam solvuntur peccata!  
Sicut beneficum Lethe,  
hauriam oscula de te,  
quae imbuta es magnete.  
Quum vitiorum tempestas  
turbabat omnes semitas,  
apparuisti, Deitas,  
velut stella salutaris  
in naufragiis amaris...  
Suspendam cor tuis aris!  
Piscina plena virtutis,  
fons aeternae juventutis,  
labris vocem redde mutis!  
Quod erat spurcum, cremasti;  
quod ruidius, exaequasti;  
quod debile, confirmasti.  
In fame mea taberna,  
in nocte mea lucerna,  
recte me semper gubernas.  
Adde nunc vires viribus,  
dulce balneum suavibus  
unguentatum odoribus!  
Meos circa lumbos mica,  
o castitatis lorica,  
aqua tincta seraphica;  
patera gemmis corusca,  
panis salsus, mollis esca,  
divinum vinum, Francisca!

## LXI

### A una señora criolla

En el país perfumado que el sol acaricia,  
he conocido, bajo un dosel de árboles embebidos en púrpura  
y de palmeras desde las que llueve pereza sobre los ojos,  
a una señora criolla de incógnitos encantos.  
Su tez es pálida y ardiente; la morena hechicera  
con su cuello hace gestos noblemente amanerados;  
alta y esbelta al caminar como una cazadora,  
su sonrisa es tranquila y sus ojos resueltos.  
Si fuerais, señora, a la auténtica tierra gloriosa,  
a las orillas del Sena o del Loira verde,  
beldad digna de ser gala de antiguas casonas,  
haríais germinar, al abrigo de umbríos reservados,  
mil sonetos en los corazones de los poetas  
a quienes vuestros grandes ojos someterían más que a vuestros negros.

## LXII

### Moesta et errabunda

Dime, Ágata, ¿a veces tu corazón se echa a volar,  
lejos del negro océano de la ciudad inmunda,  
hacia otro océano donde estalla el esplendor,  
azul, claro, profundo, como la virginidad?  
Dime, Ágata, ¿a veces tu corazón se echa a volar?  
¡La mar, la vasta mar, alivia nuestros afanes!  
¿Qué demonio ha dotado a la mar, cantante ronca,  
acompañada por el órgano inmenso de los vientos rugientes,  
de la función sublime de ser canción de cuna?  
¡La mar, la vasta mar, alivia nuestros afanes!  
¡Llévame, diligencia!, ¡ráptame, fragata!  
¡Lejos, lejos!, ¡aquí el barro está amasado con nuestras lágrimas!  
—¿Es cierto que a veces el triste corazón de Ágata  
dice: lejos de remordimientos, de dolores y crímenes,  
llévame, diligencia, ráptame, fragata?  
¿Qué lejos estás, paraíso perfumado,  
donde bajo el azul celeste solo hay amor y alegría,  
donde todo lo que se ama es digno de ser amado,  
donde el deleite puro anega el corazón!  
¿Qué lejos estás, paraíso perfumado!  
Pero el verde paraíso de los amores infantiles,  
las carreras, las canciones, los besos, los ramilletes de flores,  
los violines vibrando detrás de las colinas,  
junto a jarros de vino, de noche, en los bosquecillos,  
—pero el verde paraíso de los amores infantiles,  
el paraíso inocente, lleno de placeres furtivos,  
¿está más lejos ya que la India y la China?  
¿Podemos evocarlos con gritos lastimeros,  
y reanimarlo aún con una voz de plata,  
el paraíso inocente lleno de placeres furtivos?

## LXIII

### El aparecido

Como los ángeles de ojos fieros,  
yo volveré a tu alcoba  
y me deslizaré hacia ti sin ruido  
entre las sombras de la noche;  
y te daré, morena mía,  
besos fríos como la luna  
y caricias de serpiente  
que reptara en torno a una fosa.  
Cuando llegue la mañana lívida,  
encontrarás vacío mi lado,  
donde hará frío hasta la noche.  
Igual que otros por la ternura,  
sobre tu vida y sobre tu juventud,  
yo quiero reinar por el espanto.

## LXIV

### Soneto de otoño

Tus ojos, claros como el cristal, me dicen:  
«Pero ¿cuál es mi mérito para ti, extraño amante?».  
—¡Sé encantadora y calla! Mi corazón, irritado por todo,  
menos por el candor del animal primitivo,  
no desea mostrarte su secreto infernal,  
arrulladora cuya mano me invita a largos sueños,  
ni su negra leyenda que está grabada a fuego.  
¡Odio la pasión y me hace daño el entusiasmo!  
Amémonos suavemente. El Amor en su garita,  
tenebroso, emboscado, tensa su arco fatal.  
Conozco la panoplia de su viejo arsenal:  
¡Horror, locura y crimen! —¡Oh margarita pálida!  
¿No eres tú como yo un sol otoñal,  
oh mi muy blanca, oh mi muy fría Margarita?

## LXV

### Tristezas de la luna

Esta noche la luna sueña con más indolencia;  
como una mujer hermosa que, sobre abundantes cojines,  
con mano distraída y ligera acaricia  
antes de adormecerse el contorno de sus pechos,  
sobre la espalda lustrosa de mórbidos aludes,  
agónica, se entrega a los largos desmayos,  
y pasea sus ojos sobre las visiones blancas  
que suben hacia el cielo como brotan las flores.  
Cuando, por languidez ociosa, sobre este globo a veces  
ella deja que caiga una furtiva lágrima,  
un poeta devoto, enemigo del sueño,  
en el cuenco de su mano acoge esa lágrima pálida  
de irisados reflejos como un trozo de ópalo,  
y en su pecho la guarda a salvo de los ojos del sol.

## LXVI

### Los gatos

A los enamorados fervientes y a los sabios austeros  
les gustan de igual modo, en sus años maduros,  
los gatos corpulentos y suaves, orgullo de la casa,  
que como ellos son frioleros y como ellos sedentarios.  
Amigos de la ciencia y de la exquisitez,  
buscan el silencio y el horror de las tinieblas;  
el Erebo los habría confundido con sus corceles fúnebres  
si pudieran doblegar su orgullo al vasallaje.  
Mientras piensan, adoptan las actitudes nobles  
de las grandes esfinges recostadas en las remotas soledades,  
que parecen dormirse en un sueño sin fin;  
su fecunda grupa está llena de chispas mágicas,  
y briznas de oro, en forma de fina arena,  
constelan imprecisas sus místicas pupilas.

## LXVII

### Los búhos

Bajo los tejos negros que los cobijan,  
los búhos permanecen bien ordenados,  
igual que dioses desconocidos,  
fulminando con su mirada roja. Meditan.  
Se mantendrán así sin inmutarse  
hasta la hora melancólica  
en que, empujando al sol oblicuo,  
se instalen las tinieblas.  
Su actitud enseña al sabio  
que en este mundo debe temer  
el tumulto y el movimiento;  
quien se prenda de una sombra que pasa  
siempre arrastra el castigo  
por haber querido cambiar de sitio.



## LXVIII

### La pipa

Soy la pipa de un autor;  
se ve, al contemplar mis facciones  
de abisinia o de cafre,  
que mi dueño es un gran fumador.  
Cuando él rebosa de dolor,  
echo humo como el chamizo  
donde se prepara un guiso  
para el regreso del labrador.  
Yo envuelvo y acuno su alma  
en la red móvil y azul  
que asciende de mi boca encendida,  
y exhalo un potente elixir  
que hechiza su corazón y restablece  
su espíritu de sus fatigas.

## LXIX

### La música

¡Cuántas veces la música me atrapa como un mar!  
Hacia mi estrella pálida,  
bajo un techo de bruma o en un ámbito enorme,  
yo me hago a la vela;  
adelantando el pecho e hinchados los pulmones  
como la lona,  
escalo la espalda de las olas agolpadas  
que la noche me oculta;  
siento vibrar en mí todas las pasiones  
de un navío en peligro;  
el viento favorable, la tempestad y sus sacudidas  
sobre el inmenso abismo  
me acunan. Otras veces, calma chicha, ¡extenso espejo  
de mi desesperación!

## LXX

### La sepultura

Si una noche espesa y sombría  
un buen cristiano, por caridad,  
tras unos viejos escombros  
entierra tu cuerpo tan celebrado,  
a la hora en que las castas estrellas  
cierran sus ojos vencidos por el sueño,  
allí la araña tejerá sus telas  
y la víbora parirá sus crías;  
escucharás durante todo el año  
sobre tu cabeza condenada  
los aullidos quejumbrosos de los lobos  
y de las brujas famélicas,  
los retozos de los viejos lúbricos  
y las conjuras de los negros rateros.

## LXXI

### Un grabado fantástico

Este curioso espectro lleva por único atavío,  
grotescamente enhiesta sobre su calavera,  
una diadema horrible con trazas de carnaval.  
Sin espuelas, sin látigo, va reventando a un caballo,  
fantasma como él, jamelgo apocalíptico,  
que babea por los ollares como un epiléptico.  
Cruzando el espacio se pierden los dos  
y huellan el infinito con pezuña atrevida.  
El jinete pasea su espada flamígera  
sobre el gentío sin nombre que su montura muele,  
y recorre, como un príncipe de inspección por su casa,  
el cementerio inmenso y frío, sin horizonte,  
donde yacen, a la luz de un sol blanco y sin brillo,  
los pueblos de la historia antigua y la moderna.

## LXXII

### El muerto jubiloso

En una tierra esponjosa y plagada de caracoles  
quiero cavar yo mismo una fosa profunda,  
donde a mis anchas pueda esparcir mis viejos huesos  
y dormir en el olvido como un tiburón sobre las olas.  
Odio los testamentos y odio las sepulturas;  
antes que suplicar una lágrima a nadie,  
preferiría, en vida, invitar a los cuervos  
para que rebañaran cada trozo de mi esqueleto inmundo.  
¡Oh gusanos!, ¡negros camaradas sin oído y sin ojos,  
ved cómo se os acerca un muerto libre y gozoso;  
filósofos vividores, hijos de la podredumbre,  
venga, avanzad sin reparos por toda mi ruina,  
y decidme si aún queda alguna tortura  
para este viejo cuerpo sin alma y muerto entre los muertos!

## LXXIII

### El tonel del odio

El Odio es el tonel de las pálidas Danaides;  
la Venganza demente de rojos brazos fuertes  
inútilmente arroja en las tinieblas vacías  
grandes cubos de sangre y lágrimas de muertos,  
pues en esos abismos el Demonio hace agujeros secretos  
por donde huirían mil años de sudores y esfuerzos,  
aun cuando ella pudiera reanimar a sus víctimas,  
y resucitar sus cuerpos para exprimirlos.  
El Odio es un borracho en el rincón de una taberna,  
que siente siempre cómo la sed renace del licor  
y se multiplica igual que la hidra de Lerna.  
—Pero los bebedores felices conocen a quien los vence,  
y el Odio está abocado al destino lamentable  
de no poderse nunca dormir bajo la mesa.

## LXXIV

### La campana cascada

Resulta amargo y dulce, en las noches de invierno,  
escuchar, junto a un fuego que palpita y humea,  
cómo despiertan lentos los recuerdos lejanos  
al son de carillones que cantan en la bruma.  
¡Dichosa la campana de enérgica garganta  
que, pese a su vejez, alerta y saludable,  
lanza fielmente su grito religioso,  
como un viejo soldado que vela bajo la tienda!  
En cuanto a mí, mi alma está cascada, y cuando, abatida,  
quiere poblar con sus cantos el aire frío de las noches,  
a menudo sucede que su voz debilitada  
parece el estertor soez de un herido olvidado  
junto a un lago de sangre, bajo un gran montón de muertos,  
y que inmóvil se muere entre ansias inmensas.

## LXXV

### Spleen

Pluvioso, irritado contra la ciudad entera,  
desde su crátera vierte a grandes oleadas un frío tenebroso  
sobre los pálidos habitantes del cementerio próximo  
y la mortandad sobre los arrabales oscuros.  
Mi gato por el suelo en busca de yacija  
remueve sin descanso su cuerpo flaco y sarnoso;  
el alma de un viejo poeta va errante por el canalón  
con la voz triste de un fantasma friolero.  
El bordón se lamenta y el leño envuelto en humo  
acompaña en falsete al reloj de péndulo acatarrado,  
mientras que en mi baraja impregnada de sucios perfumes,  
herencia fatal de una vieja hidrópica,  
la bella sota de corazones y la dama de picas  
charlan siniestramente de sus amores muertos.



## LXXVI

### Spleen

Tengo más recuerdos que si tuviera mil años.  
Un gran mueble con cajones lleno de inventarios,  
de versos, de mensajes de amor, de sumarios, de romanzas,  
con espesos cabellos envueltos en facturas,  
esconde menos secretos que mi triste cerebro.  
Es una pirámide, un inmenso panteón  
que contiene más cadáveres que la fosa común.  
—Soy un cementerio aborrecido por la luna,  
donde se arrastran, como remordimientos, largos gusanos  
que se ensañan siempre en mis muertos más queridos.  
Soy camerino antiguo lleno de rosas mustias,  
donde yace un gran revoltijo de modas anticuadas,  
donde los lastimeros dibujos al pastel y los pálidos Boucher,  
solo ellos, respiran el olor de un frasco destapado.  
Nada se hace tan largo como los días torcidos,  
cuando bajo los densos copos de los años de nieves  
el hastío, fruto de la tétrica indiferencia,  
toma las proporciones de la inmortalidad.  
—¡Ya no eres, oh materia viva,  
más que un trozo de granito rodeado por un confuso espanto,  
adormecido en medio de un Sáhara brumoso;  
una vieja esfinge ignorada por el mundo indiferente,  
olvidada en el mapa, y cuyo temple salvaje  
canta solo ante los rayos del sol poniente!

## LXXVII

### Spleen

Soy como el rey de un país lluvioso,  
rico pero impotente, joven y aun así muy viejo,  
que, despreciando las reverencias de sus preceptores,  
se aburre con sus perros y con cualquier otro animal.  
Nada puede alegrarlo, ni halcón, ni cacería,  
ni su pueblo que muere ante su balcón.  
La grotesca balada del bufón favorito  
no relaja la frente de este enfermo cruel;  
su lecho adornado con flores de lis se transforma en sepulcro,  
y las damas de la corte, para quienes cualquier príncipe es bello,  
no saben ya qué impúdico atuendo inventarse  
para arrancar una sonrisa de este joven esqueleto.  
El sabio que le fabrica oro nunca ha podido  
extirpar de su ser la parte corrompida,  
y con esos baños de sangre que nos vienen de los romanos,  
y a los que los poderosos recurren en sus últimos días,  
no ha sabido reanimar a este cadáver alorado  
por el que, en vez de sangre, fluye el agua verde del Leteo.

## LXXVIII

### Spleen

Cuando el cielo bajo y cargado pesa como una losa  
sobre el espíritu gemebundo víctima de pesares permanentes,  
y abarcando el cerco de todo del horizonte  
nos echa encima un día negro más triste que las noches;  
cuando la tierra se ha convertido en calabozo húmedo  
en el que la Esperanza, lo mismo que un murciélago,  
huye azotando los muros con sus tímidas alas  
y dando cabezazos en los techos podridos;  
cuando la lluvia, dejando caer sus regueros inmensos,  
imita los barrotes de una enorme prisión,  
y una muchedumbre muda de infames arañas  
viene a colgar sus hilos en lo más hondo de nuestros cerebros,  
de pronto, las campanas irrumpen con furia  
y lanzan hacia el cielo un horrendo alarido,  
como el de los espíritus errantes y sin patria  
que se ponen a gemir tozudamente.

—Y grandes carrozas fúnebres, sin tambores ni música,  
desfilan lentamente en mi alma: la Esperanza,  
vencida, llora, y la Angustia atroz, despótica,  
clava su bandera negra en mi cráneo humillado.

## LXXIX

### Obsesión

Vosotros, altos bosques, me amedrentáis como catedrales;  
aulláis igual que el órgano; y en nuestros corazones malditos,  
cámaras de duelo eterno donde resuenan antiguos estertores,  
se repiten los ecos de vuestros *De profundis*.  
¡Océano, te odio! Tus brincos y tumultos  
los encuentra mi espíritu en sí; la risa amarga  
del hombre derrotado, llena de sollozos y de insultos,  
yo la escucho en la risa tremenda de la mar.  
¡Cómo me gustarías, oh noche, sin esas estrellas  
cuya luz habla un lenguaje consabido!  
¡Pues yo busco el vacío, y lo negro, y lo desnudo!  
Pero las tinieblas son también ellas lienzos  
donde viven, brotando de mis ojos a miles,  
seres desaparecidos de miradas familiares.

## LXXX

### El sabor de la nada

¡Triste espíritu, antaño ávido de lucha,  
la Esperanza, que aguijaba con su espuela tu ardor,  
ya no quiere cabalgar sobre ti! Túmbate sin pudor,  
viejo caballo cuyo pie tropieza en cada obstáculo.  
Resígnate, corazón mío; duerme tu sueño irracional.  
¡Espíritu vencido, extenuado! Para ti, viejo merodeador,  
el amor no sabe a nada ya, y tampoco la contienda;  
¡adiós, pues, cantos de los cobres y suspiros de la flauta!  
¡Placeres, no tentéis más a un corazón sombrío y renegón!  
¡La Primavera adorable ha perdido su olor!  
Y el Tiempo me engulle minuto tras minuto  
como la nieve inmensa a un cuerpo ya rígido;  
contemplo desde lo alto el mundo en su redondez  
y en él no busco ya el cobijo de una choza.  
Avalancha, ¿me quieres arrastrar en tu caída?

## LXXXI

### Alquimia del dolor

Uno te ilumina con su entusiasmo,  
otro te viste con su luto, ¡Naturaleza!  
Lo que para uno significa: ¡Sepultura!,  
a otro le suena: ¡Vida y esplendor!  
Hermes ignoto que me asistes  
y que siempre me intimidaste,  
tú haces que me iguale a Midas,  
el más triste de los alquimistas;  
por ti transformo el oro en hierro  
y el paraíso en infierno;  
en el sudario de las nubes  
descubro un cadáver entrañable,  
y en las riberas celestiales  
erijo grandes sarcófagos.

## LXXXII

### Horror armónico

Desde este cielo extraño y lívido,  
atormentado como tu destino,  
¿qué pensamientos descienden  
hasta tu alma vacía? Responde, depravado.  
—Insaciablemente ávido  
de lo oscuro y de lo incierto,  
yo no gimotearé como Ovidio  
expulsado del paraíso latino.  
Cielos desgarrados como eriales,  
en vosotros se refleja mi orgullo;  
vuestras enormes nubes enlutadas  
son las carrozas fúnebres de mis sueños,  
y vuestros resplandores, el reflejo  
del Infierno donde se complace mi corazón.

### LXXXIII

#### El heautontimorúmenos

A J. G. F.

Te pegaré sin cólera  
y sin odio, como un carnicero,  
¡como Moisés a la roca!,  
y haré que desde tus párpados,  
para regar mi Sáhara,  
broten las aguas del sufrimiento.  
Mi deseo, repleto de esperanza,  
nadará sobre tus lágrimas saladas  
como un barco que se adentra en el mar,  
y en mi corazón, que habrán emborrachado,  
tus queridos sollozos resonarán,  
¡como un tambor que toca a la carga!  
¿Es que no soy un falso acorde  
en la divina sinfonía,  
gracias a la Ironía voraz  
que me zarandea y me remuerde?  
¡Ella, la escandalosa, está en mi voz!  
¡Mi sangre toda es ese veneno negro!  
Soy el espejo siniestro  
donde la arpía se contempla.  
¡Soy la herida y el cuchillo!  
¡Soy el bofetón y la mejilla!  
¡Soy el cuerpo desmembrado y la rueda,  
la víctima y a la vez el verdugo!  
Soy el vampiro de mi corazón,  
—¡uno de esos abandonados por completo  
condenados a la risa eterna,  
y que ya no pueden sonreír!



## LXXXIV

### Lo irremediable

#### I

Una Idea, una Forma, un Ser  
procedente del azul y caído  
en un Estigio cenagoso y plumizo  
donde no penetra ningún ojo celestial;  
un Ángel, viajero imprudente  
tentado por el amor de lo deforme,  
al fondo de una enorme pesadilla,  
debatándose como un nadador,  
y luchando, ¡oh angustias fúnebres!,  
contra un gigantesco remolino  
que va cantando como los locos  
y haciendo cabriolas en las tinieblas;  
un infeliz embelesado  
por sus fútiles titubeos  
en busca de la luz y la llave  
para huir de una casa llena de reptiles  
un condenado que, bordeando un abismo  
cuyo olor delata la hondura húmeda,  
desciende sin linterna  
eternas escaleras sin barandilla  
donde vigilan monstruos viscosos  
cuyos grandes ojos fosforescentes  
hacen una noche aún más negra  
y solo permiten que se les vea a ellos;  
un navío atrapado en el polo,  
como en un cepo de cristal,  
preguntándose por qué estrecho fatídico  
ha caído en esta mazmorra;  
—¡emblemas nítidos, cuadro perfecto  
de una fortuna irremediable,  
que nos hace pensar que el Diablo

hace bien siempre todo lo que hace!

## II

¡Qué mano a mano oscuro y límpido,  
este de un corazón transformado en su espejo!  
Pozo de Verdad, diáfano y negro,  
donde tiembla una estrella lívida,  
un faro irónico, infernal,  
antorcha para las mercedes satánicas,  
consuelo y gloria únicos,  
—¡la conciencia dentro del Mal!

## LXXXV

### El reloj

¡Reloj!, dios siniestro, horroroso, impasible,  
cuyo dedo nos amenaza diciéndonos: «¡*Recuerda!*,  
los sonoros Dolores en tu corazón lleno de espanto  
se clavarán muy pronto como en una diana;  
el Placer vaporoso huirá hacia el horizonte  
lo mismo que una sílfide entre bastidores;  
cada instante te devora un trozo de la delicia  
concedida a cada hombre para toda su existencia.  
Tres mil seiscientas veces cada hora, el Segundo  
te susurra: ¡*Recuerda!* —Rápido, con su voz  
de insecto, el Ahora dice: ¡Yo soy el Hace Tiempo,  
y he chupado tu vida con mi trompa asquerosa!  
*Remember! ¡Recuerda!*, pródigo, *Esto memor!*  
(Mi garganta de metal habla todas las lenguas.)  
¡Los minutos, mortal alocado, son ganga  
que no hay que despreciar sin extraerle el oro!  
*Recuerda* que es el Tiempo jugador codicioso  
que gana sin hacer trampas, ¡a cada jugada!, es la ley.  
El día declina; la noche crece; ¡*recuerda!*,  
el abismo tiene sed siempre; la clepsidra se vacía.  
Dentro de poco sonará la hora en que el divino Azar,  
en que la augusta Virtud, tu esposa todavía virgen,  
en que incluso el Arrepentimiento (¡oh el último refugio!),  
en que todo te dirá: ¡Muere, viejo miedoso!, ¡es demasiado tarde!».

## Cuadros parisienses

## LXXXVI

### Paisaje

Quiero, para componer castamente mis églogas,  
dormir cerca del cielo, igual que los astrólogos,  
y, vecino de los campanarios, escuchar entre sueños  
sus himnos solemnes llevados por el viento.  
Apoyando el mentón en las dos manos, desde lo alto de mi buhardilla,  
veré el taller que canta y parlotea;  
las chimeneas, los campanarios, esos mástiles de la ciudad,  
y los cielos abiertos que hacen pensar en la eternidad.  
Es dulce ver nacer entre las brumas  
la estrella en el cielo, la lámpara en la ventana,  
cómo suben los ríos de carbón al firmamento  
y la luna derrama su pálido embrujo.  
Veré las primaveras, los veranos, los otoños;  
y cuando llegue el invierno de monótonas nieves,  
cerraré por todas partes ventanas y postigos  
para edificar en la noche mis mágicos palacios.  
Entonces soñaré horizontes azulados,  
jardines, surtidores que lloran en los alabastros,  
besos, pájaros que cantan noche y día,  
y todo lo que el Idilio tiene de más infantil.  
El Motín, vociferando inútilmente en mis cristales,  
no hará que se levante mi frente del pupitre;  
pues estaré inmerso en la fruición  
de evocar la Primavera con mi voluntad,  
de sacar de mi pecho un sol, y de hacer  
con mis ideas ardientes una atmósfera tibia.

## LXXXVII

### El sol

A lo largo de los viejos suburbios, donde cuelgan de las chabolas  
las persianas, protectoras de secretas lujurias,  
cuando el sol cruel castiga con dardos redoblados  
la ciudad y los campos, los tejados y los trigos,  
yo voy a practicar a solas mi caprichosa esgrima,  
husmeando en los rincones el azar de la rima,  
tropezando en las palabras como en los adoquines,  
chocándome a veces con versos que buscaba hacía tiempo.  
Este padre nutricio, enemigo de la anemia,  
en los campos despierta versos igual que rosas;  
hace que se evaporen las pesadumbres hacia el cielo,  
y llena de miel los cerebros y las colmenas.  
¡Él es quien rejuvenece a los que usan muletas  
y los hace alegres y dulces como muchachas,  
y ordena a las mieses que crezcan y maduren  
en el corazón inmortal que siempre quiere florecer!  
Cuando, igual que un poeta, desciende a las ciudades,  
ennoblece el destino de las cosas más viles,  
y penetra hecho un rey, sin ruido y sin criados,  
en todos los hospitales y en todos los palacios.

## LXXXVIII

### A una mendiga pelirroja

Blanca muchacha de cabellos rojos,  
cuyo vestido, por sus rotos,  
deja ver la pobreza  
y la belleza.  
Para mí, poeta raquítico,  
tu joven cuerpo enfermizo,  
todo lleno de pecas,  
tiene cierta dulzura.  
Llevas tú, con más gracia  
que una reina de romance  
sus botines de terciopelo,  
tus zuecos pesados.  
En lugar de un harapo cortísimo,  
que un soberbio vestido cortesano  
caiga en largos pliegues crujientes  
sobre tus talones;  
en vez de medias agujereadas,  
que ante los ojos de los pillos  
en tu pierna una daga de oro  
reluzca más;  
que los lazos a medio anudar  
desvelen para nuestros pecados  
tus dos pechos hermosos, radiantes  
como si fueran ojos;  
que para desnudarte  
tus brazos se hagan rogar  
y aparten con golpes juguetones  
los dedos traviosos,  
perlas del más puro oriente,  
sonetos del maestro Belleau  
por tus cautivos admiradores  
sin cesar ofrecidos,  
patulea servil de rimadores  
que te dedican sus primicias

mientras contemplan tu chapín  
al pie de la escalinata,  
¡más de un paje enamorado de la aventura,  
más de un noble y más de un Ronsard  
acecharían lisonjeadores  
tu flamante aposento!  
¡Contarías en tus lechos  
más besos que flores de lis  
y someterías bajo tus leyes  
a más de un rey Valois!  
—En cambio, vas a mendigar  
cualquier rancio desecho abandonado  
en el portal de algún Vefour  
de por ahí;  
codiciando de reajo  
bisutería de tres al cuarto  
que yo, ¡perdóname!, no puedo  
regalarte.  
Sigue, pues, sin más adorno,  
perfume, perlas, diamante,  
que tu flaca desnudez,  
¡oh hermosa mía!



## LXXXIX

### El cisne

A Victor Hugo

#### I

¡Andrómaca, en ti pienso! Este pequeño río,  
espejo pobre y triste donde resplandeció hace tiempo  
la inmensa majestad de tu dolor de viuda,  
este Simois engañoso que crece con tu llanto,  
de pronto ha fecundado mi memoria fértil,  
mientras atravesaba el nuevo Carrousel.  
El viejo París ya no existe (la forma de una ciudad  
cambia más aprisa, ¡ay!, que el corazón de un mortal);  
solo con el recuerdo veo todo aquel campo de casuchas,  
esos hacinamientos de capiteles insinuados y de fustes,  
las hierbas, los toscos sillares con verdín del agua de los charcos,  
y brillando en las ventanas, el gran batiburrillo.  
Allí antes se instalaba una casa de fieras;  
allí vi, una mañana, cuando bajo los cielos  
fríos y claros se despierta el Trabajo, cuando el ajetreo  
lanza un negro huracán al cielo silencioso,  
un cisne que se había escapado de su jaula  
y, frotando con sus pies palmeados el pavimento seco,  
sobre el suelo rasposo arrastraba su blanco plumaje.  
Junto a un cauce sin agua el animal, abriendo el pico,  
bañaba bruscamente sus alas en el polvo,  
y decía, mientras le rebosaba en el corazón su hermoso lago natal:  
«Agua, ¿cuándo caerás de una vez?, y tú, rayo, ¿cuándo retumbarás?».  
Veo a ese desdichado, mito extraño y fatídico,  
a veces hacia el cielo, como el hombre de Ovidio,  
hacia ese cielo irónico y cruelmente azul,  
alargar su cabeza ansiosa sobre el cuello convulso,  
¡como si dirigiera sus reproches a Dios!

## II

¡París cambia!, ¡pero nada en mi melancolía  
se ha movido! Palacios nuevos, andamios, sillares,  
viejos barrios, para mí todo se convierte en alegoría,  
y mis queridos recuerdos pesan más que rocas.  
Por eso ante este Louvre una imagen me oprime:  
pienso en mi gran cisne, con sus gestos dementes,  
como los exiliados, ridículo y sublime,  
¡y roído de un ansia sin tregua!, y luego en ti,  
Andrómaca, caída desde los brazos de un esposo soberbio,  
como ganado vil, bajo el poder del orgulloso Pirro,  
junto a una tumba vacía inclinándote en éxtasis;  
¡viuda de Héctor, ay, y ahora esposa de Heleno!  
Pienso en esa negra enflaquecida y tísica  
que resbala en el barro y busca con ojos extraviados  
los cocoteros remotos del África altiva  
detrás de la muralla inmensa de la niebla;  
¡en todo aquel que perdió lo que no se recupera  
nunca, nunca!, ¡en aquellos que se abrevan de llanto  
y maman del Dolor como de una loba buena!,  
¡en los huérfanos flacos que se secan como flores!  
Así, en la selva donde mi espíritu se exilia,  
¡suena la trompa de un viejo recuerdo a pleno pulmón!  
¡Pienso en los marineros olvidados en una isla,  
en los cautivos, en los derrotados!..., ¡y en tantos, tantos más!

## XC

### Los siete viejos

A Victor Hugo

¡Bulliciosa ciudad, ciudad llena de sueños,  
donde el fantasma en pleno día atrapa al que pasa!  
Los misterios se deslizan por todas partes como la savia  
por los canales angostos del coloso imponente.  
Una mañana, mientras que en la calle triste  
las casas, agrandadas por su oscuridad,  
simulaban los dos muelles de un río muy crecido,  
y que, como un decorado parecido al alma del actor,  
una niebla sucia y amarilla inundaba el espacio por completo,  
yo me dejaba ir, tensando mis nervios como un héroe  
y discutiendo con mi alma ya agotada,  
a lo largo del barrio agitado por pesadas carretas.  
De pronto, un viejo cuyos harapos amarillos  
copiaban el color de aquel cielo lluvioso,  
y cuyo aspecto habría provocado lluvias de limosnas  
de no ser por la maldad que brillaba en sus ojos,  
se me apareció. Se habría dicho que tenía las pupilas empapadas  
de hiel. Su mirada aguzaba la escarcha,  
y su barba de pelos largos, tiesa como una espada,  
se le adelantaba igual que la de Judas.  
No estaba encorvado, sino roto, su espina dorsal  
formaba con su pierna un ángulo completamente recto,  
de manera que su bastón, rematando su figura,  
le daba el sesgo y el paso desmañado  
de un cuadrúpedo cojo o de un judío de tres patas.  
Andaba trabándose en la nieve y el barro,  
como si aplastara muertos bajo sus zapatones,  
hostil al universo, aún más que indiferente.  
Otro idéntico a él lo seguía: barba, ojos, chepa, bastón, jirones,  
ningún rasgo distinguía, venido de igual infierno,  
a este gemelo centenario, y los dos espectros barrocos  
marcaban el mismo paso hacia una meta desconocida.

¿A qué conjura infame me estaba yo exponiendo,  
o qué maligno azar quería humillarme así?  
¡Porque conté hasta siete, un minuto tras otro,  
las veces que el siniestro viejo se multiplicaba!  
Que quien se ría de mi desasosiego,  
y no se vea asaltado por un susto fraternal,  
piense bien que, a pesar de tanta decrepitud,  
¡aquellos siete monstruos repelentes parecían eternos!  
¿Iba yo a contemplar, sin morir, al octavo,  
sosias inexorable, irónico y fatal,  
repugnante Fénix, hijo y padre de sí mismo?  
—Pero volví la espalda al cortejo del infierno.  
Exasperado como un borracho que ve doble,  
volví a casa, cerré la puerta, horrorizado,  
enfermo y congelado, con el ánimo febril y confuso,  
¡herido por el misterio y por el absurdo!  
En vano mi pensamiento quería tomar el timón;  
la tempestad juguetona desorientaba sus esfuerzos,  
y mi alma bailaba, bailaba, como vieja gabarra  
sin mástiles, en un mar monstruoso y sin límites.

## XCI

### Las viejecitas

A Victor Hugo

#### I

En los pliegues sinuosos de las antiguas capitales  
donde todo, hasta el horror, se transforma en embrujo,  
yo acecho, acatando mi inclinación fatal,  
a seres singulares, decrepitos y encantadores.  
Esos monstruos descoyuntados fueron mujeres hace tiempo,  
¡Eponina o Lais!, ¡Monstruos quebrados, chepudos  
o torcidos, ¡amémoslos!, todavía son almas!  
Bajo enaguas desgarradas y bajo telas que no abrigan,  
van arrastrándose, flagelados por los cierzos inicuos,  
temblando ante el estrépito rodante de los ómnibus,  
y apretando en su costado, igual que una reliquia,  
un bolsito bordado con flores o con jeroglíficos;  
van dando tumbos, muy parecidos a marionetas;  
renquean igual que los animales lisiados,  
o bailan, sin querer bailar, ¡pobres campanillas  
que toca un Demonio despiadado! Totalmente rotos  
como están, tienen ojos que taladran igual que barrenas,  
brillantes como esos hoyos donde el agua duerme de noche;  
tienen los ojos divinos de la muchachita  
que se asombra y que ríe ante todo lo que reluce.  
—¿Habéis reparado en que muchos féretros de viejas  
son casi tan pequeños como los de los niños?  
La Muerte sabia ofrece con esos ataúdes iguales  
un símbolo que da una impresión extraña y sugestiva,  
y cuando atisbo un fantasma frágil  
que atraviesa la escena bulliciosa de París,  
creo siempre estar viendo que ese ser quebradizo  
se aleja lentamente hacia una nueva cuna;  
a no ser que, meditando acerca de la geometría,

según la apariencia de esos miembros discordes,  
me pregunte las veces que el artesano debe modificar  
la forma de la caja donde se colocan todos esos cuerpos.  
—Esos ojos son pozos hechos con un millón de lágrimas,  
crisoles que un metal enfriado cubrió de lentejuelas...  
¡Esos ojos misteriosos tienen encantos invencibles  
para quien fue amamantado por el austero Infortunio!

## II

Vestal encariñada con el difunto Frascati;  
sacerdotisa de Talía, ¡ay!, cuyo nombre conoce  
el apuntador ya enterrado, famosa evaporada  
que antaño en plena flor se acogió a la sombra del Tívoli,  
¡todas me fascinan! Pero entre esos seres débiles  
hay quienes, fabricando miel con el dolor,  
han dicho al Sacrificio que les prestaba alas:  
¡poderoso hipogrifo, condúceme hasta el cielo!  
¡Una, experta en desgracias sufridas por su patria,  
otra, abrumada de dolores por su esposo,  
otra, lacerada por su hijo como una Madona,  
todas habrían podido hacer un río con sus llantos!

## III

¡A cuántas de esas viejecitas he perseguido yo!  
Una entre tantas, a la hora en que el sol poniente  
ensangrienta el cielo con heridas rojizas,  
pensativa, se sentaba en un banco apartado,  
para escuchar uno de esos conciertos de abundantes metales  
con los que los soldados inundan a veces nuestros parques,  
y que, en esas veladas de oro en que nos sentimos revivir,  
vierten cierto heroísmo en los corazones urbanos.  
Ella, derecha aún, altiva y atenta al compás,  
aspiraba con ansia aquel canto airoso y guerrero,  
sus ojos se abrían por momentos como los de un águila vieja;  
¡su frente marmórea parecía dispuesta para el laurel!

#### IV

Así vais caminando, estoicas y sin quejas,  
atravesando el caos de las ciudades agitadas,  
madres de corazón sangrante, libertinas o santas,  
cuyos nombres todo el mundo citaba hace tiempo.  
¡A vosotras que fuisteis la gracia o que fuisteis la gloria,  
nadie ya os reconoce! Un borracho grosero  
os insulta al pasar con un requiebro irrisorio;  
brinca a vuestros talones un chiquillo cobarde y vil.  
Avergonzadas de existir, sombras apergaminadas,  
temerosas, con la espalda inclinada, andáis pegadas a los muros;  
y nadie os saluda, ¡suerte extraña la vuestra!,  
¡despojos de seres humanos maduros para la eternidad!  
Pero yo, yo que os vigilo conmovido desde lejos,  
con la mirada inquieta, fija en vuestros pasos inseguros,  
igual que si fuera vuestro padre, ¡oh prodigio!,  
gozo sin que os deis cuenta placeres clandestinos:  
veo cómo florecen vuestras pasiones juveniles;  
vivo vuestros días perdidos, fueran sombríos o claros;  
¡mi corazón multiplicado disfruta con todos vuestros vicios!,  
¡mi alma resplandece con todas vuestras virtudes!  
¡Ruinas!, ¡familia mía!, ¡oh mentes de mi misma especie!  
¡Cada noche os dedico una solemne despedida!  
¿Dónde estaréis mañana, Evas octogenarias,  
sobre quienes pesa la garra espantosa de Dios?

## XCII

### Los ciegos

¡Alma mía, contéplalos; son realmente horrosos!  
Parecen maniqués, vagamente ridículos,  
terribles, extravagantes como los sonámbulos,  
dirigiendo a saber dónde sus órbitas tenebrosas.  
Sus ojos, que la chispa divina abandonó,  
como si miraran a lo lejos, se quedan alzados  
al cielo; nunca se les ve inclinar meditabundos  
hacia los adoquines su cabeza torpona.  
Atraviesan así lo negro ilimitado,  
ese hermano del eterno silencio. ¡Oh ciudad!  
Mientras alrededor de nosotros tú cantas, ríes y berreas,  
entregada al placer hasta la atrocidad,  
¡ya ves!, ¡yo también me arrastro!, pero, más aturdido que ellos,  
digo: ¿qué buscan en el Cielo todos estos ciegos?



## XCIII

### A una que pasa

La calle ensordecedora aullaba alrededor de mí.  
Esbelta, delgada, de luto riguroso, toda dolor solemne,  
una mujer pasó, haciendo que con su mano fastuosa  
se alzarán, oscilarán el dobladillo y el festón;  
ágil y noble, con piernas de estatua.  
Yo, crispado como un excéntrico, bebía  
en sus ojos, cielo lívido donde germina el huracán,  
la dulzura que fascina y el placer que mata.  
¡Un relámpago... y en seguida, la noche! Fugitiva belleza  
cuya mirada me ha hecho de pronto renacer,  
¿no volveré ya a verte hasta la eternidad?  
¡En otra parte, muy lejos de aquí!, ¡muy tarde!, ¡quizá *nunca!*,  
pues ignoro adónde huyes, y no sabes adónde voy,  
¡oh tú, a quien yo hubiera amado, oh tú, que lo sabías!

## XCIV

### El esqueleto labrador

#### I

En las láminas de anatomía,  
revueltas en los muelles polvorientos  
donde no pocos libros cadavéricos  
duermen igual que antiguas momias,  
en esos dibujos a los que el rigor  
y el saber de un viejo artista,  
a pesar de lo triste del tema,  
han transmitido la Belleza,  
se ve, para completar  
esos horrores misteriosos,  
cavando como labradores,  
a Desollados y a Esqueletos.

#### II

De esa tierra que removéis,  
gañanes resignados y fúnebres,  
con todo el esfuerzo de vuestras vértebras  
o de vuestros músculos desnudos,  
decid, ¿qué cosecha extraña,  
forzados extraídos del osario,  
recolectáis, y quién es el hacendado  
cuyo granero debéis llenar?  
¿Queréis mostrar (¡emblema espantoso  
y evidente de un destino demasiado severo!)  
que ni siquiera en el sepulcro  
está asegurado el sueño prometido;  
que la Nada es traidora con nosotros;  
que todo, hasta la Muerte, nos engaña,  
y que sempiternamente,  
¡ay!, quizá estemos obligados

en algún terreno desconocido  
a descortezar la tierra áspera  
y a hundir una pesada pala  
con nuestro pie sangrante y descarnado?

## XCV

### El crepúsculo vespertino

Aquí llega el crepúsculo delicioso, amigo del criminal;  
viene como un cómplice, sin hacer ruido; el cielo  
se cierra lentamente como una gran alcoba,  
y el hombre impaciente se torna bestia feroz.  
¡Ah ocaso, amable ocaso, deseado por aquel  
cuyos brazos veraces pueden decir: Hoy  
hemos trabajado! —La caída de la noche es lo que alivia  
al alma devorada por un dolor salvaje,  
al sabio testarudo de frente agobiada  
y al obrero doblado que regresa a su cama.  
Mientras tanto, los diablos insanos en la atmósfera  
se despiertan torpones, como hombres de negocios,  
y volando chocan con postigos y aleros.  
De una luz a otra que el viento zarandea  
la Prostitución se enciende por las calles;  
igual que un hormiguero, despeja sus salidas;  
en cualquier parte se abre un oculto camino,  
como enemigo que urde un repentino asalto;  
se remueve en el fondo de la ciudad fangosa  
como un gusano usurpador de lo que come el Hombre.  
Se oyen aquí y allá resoplar las cocinas,  
chillar desde los teatros, resonar las orquestas;  
las mesas colectivas, donde el juego fascina,  
se llenan de busconas y de timadores, sus cómplices,  
y los ladrones, que no conocen tregua ni piedad,  
van pronto a comenzar su tarea, ellos también,  
y a forzar suavemente las puertas y los cofres  
para ir tirando unos días más y vestir a sus queridas.  
Vuelve hacia ti, alma mía, en este grave instante,  
y cierra tus oídos a ese estruendo.  
¡Es la hora en que arrecian los dolores de los enfermos!  
La Noche sombría se aferra a su garganta; así cumplen  
su destino y se acercan al abismo común;  
el hospital se llena con sus lamentos. —Más de uno

no volverá a buscar la aromática sopa  
al amor de la lumbre, ya tarde, junto a un ser querido.  
¡La mayoría ni siquiera han conocido nunca  
el calor del hogar y jamás han vivido!

## XCVI

### El juego

En sillones raídos, mujerzuelas viejas,  
pálidas, con las cejas pintadas, la mirada mimosa y nefasta,  
melindrosas y dejando caer de sus flacas orejas  
un tintineo de piedra y de metal;  
alrededor de los tapetes verdes, rostros sin labios,  
labios sin color, mandíbulas sin dientes  
y dedos crispados por una infernal fiebre,  
hurgando en el bolsillo vacío o en el pecho palpitante;  
bajo techos sucios, una fila de arañas tenues  
y enormes quinqués que proyectan sus resplandores  
sobre la frente tenebrosa de poetas ilustres  
que vienen a derrochar sus sudores sangrientos;  
ése es el negro cuadro que en un sueño nocturno  
vi desplegarse bajo mi ojo clarividente.  
Yo mismo, en un rincón del antro sórdido,  
me vi acodado, frío, mudo, envidioso,  
envidiando la pasión tenaz de aquella gente,  
la fúnebre alegría de aquellas viejas putas,  
y todos sin recato traficando en mi cara,  
¡uno con su honor rancio, otra con su belleza!  
Y mi corazón se asustó de envidiar a tanto infeliz  
que corría con fervor hacia el abismo abierto,  
y que, borracho de su sangre, preferiría a fin de cuentas  
¡el dolor a la muerte y el infierno a la nada!

## XCVII

### Danza macabra

A Ernest Christophe

Orgullosa de su noble esbeltez, tanto como quien vive,  
con su gran ramillete, su pañuelo y sus guantes,  
tiene ella la indolencia y la desenvoltura  
de una coqueta flaca de porte extravagante.  
¿Se vio nunca en un baile un talle más delgado?  
Su vestido excesivo, en su regia amplitud,  
cae copiosamente sobre el pie desecado que aprieta  
un zapato con borlas, lindo como una flor.  
La gorguera que adorna la curva de las clavículas,  
como arroyo lascivo que va rozando rocas,  
defiende pudorosa de las bromas ridículas  
los fúnebres encantos que ella insiste en cubrir.  
Sus ojos profundos son mezcla de vacío y de tinieblas,  
y su calavera, artísticamente tocada con flores,  
oscila casi suelta sobre débiles vértebras.  
¡Oh embrujo de una nada locamente atildada!  
Te llamarán caricatura algunos  
que no comprenden, amantes como son cautivados por la carne,  
la elegancia sin nombre del armazón humano.  
¡Tú, gran esqueleto, colmas mi gusto más exigente!  
¿Vienes a perturbar con tu imponente mueca  
la fiesta de la Vida? ¿O qué antiguo deseo,  
espoleando aún tu osamenta viviente,  
te empuja, incauto, al aquelarre del Placer?  
¿Con las notas de los violines y las llamas de las velas  
esperas ahuyentar tu pesadilla burlona,  
y vienes a pedirle al torrente de orgías  
que refresque el infierno encendido en tu pecho?  
¡Inagotable pozo de sandez y de culpas!  
¡Sempiterno alambique del antiguo dolor!  
A través del trenzado curvo de tus costillas  
veo, errante todavía, el áspid insaciable.

A decir verdad, temo que tu coquetería  
no alcance un premio digno de sus esfuerzos;  
¿quién, entre estos mortales, sabe aguantar la broma?  
¡Los encantos del horror solo arrebatan a los fuertes!  
La sima de tus ojos, llena de ideas horribles,  
exhala el vértigo, y los bailarines prudentes  
no podrán contemplar sin náuseas amargas  
la sonrisa eterna de tus treinta y dos dientes.  
Sin embargo, ¿quién no ha estrechado en sus brazos un esqueleto,  
y quién no se ha alimentado de productos de la tumba?  
¿Qué importan el perfume, el traje o la vestimenta?  
Quien hace remilgos delata que se cree hermoso.  
Bayadera desnarigada, irresistible furcia,  
di a esos que bailan con gesto de ofendidos:  
«¡Figurines altivos, a pesar de los polvos y el carmín,  
oléis todos a muerto! ¡Oh esqueletos almizclados,  
Antínoos marchitos, dandis de tez lampiña,  
cadáveres barnizados, lovelaces canosos,  
el vaivén universal de la danza macabra  
os arrastra a regiones que aún no son conocidas!  
Desde los muelles fríos del Sena hasta las orillas ardientes del Ganges,  
el rebaño mortal brinca y se aturde, sin ver  
en un agujero del techo la trompeta del Ángel  
siniestramente desbocada como un trabuco negro.  
En cualquier latitud, bajo un sol cualquiera, la Muerte  
admira tus piruetas, risible Humanidad,  
y a menudo, como tú, se perfuma con mirra  
y mezcla su ironía con tu locura».



## XCVIII

### El gusto por la mentira

Cuando te veo pasar, oh amada mía indolente,  
acoplando tu garbo armonioso y tranquilo  
al canto de los instrumentos que se quiebra en el techo,  
y paseando el tedio de tu mirar profundo;  
cuando contemplo, a las luces del gas que la tiñe,  
tu frente pálida, embellecida por un mórbido atractivo,  
donde las antorchas nocturnas encienden una aurora,  
y tus ojos que atraen como los de un retrato,  
me digo: ¡Qué hermosa es!, ¡y qué extrañamente juvenil!  
El recuerdo aplastante, esa torre tosca y regia,  
la corona; y su corazón, dañado como un durazno,  
está maduro, al igual que su cuerpo, para el amor más sabio.  
¿Eres tú la fruta otoñal de sabores supremos?  
¿Eres urna mortuoria que aguarda algún llanto,  
perfume que hace soñar en oasis remotos,  
almohada acariciante, o cestillo de flores?  
Yo sé que existen ojos, de los más melancólicos,  
que no esconden ningún secreto extraordinario;  
ricos cofres sin joyas, medallones sin reliquias,  
¡más vacíos, más hondos, que vosotros, oh Cielos!  
Pero ¿no basta que seas tan solo la apariencia  
para alegrar un corazón que huye de la verdad?  
¿Qué importan tu necedad o tu apatía?  
¡Salve, máscara o decorado! Yo adoro tu belleza.

## XCIX

No he olvidado nuestra casa blanca,  
cercana a la ciudad, pequeña pero tranquila;  
su Pomona de yeso y su Venus antigua  
escondiendo sus miembros desnudos en el bosquecillo ralo,  
y el sol, ya atardecido, rutilante y espléndido,  
que, tras los cristales donde se quebraban sus rayos,  
parecía contemplar, como un gran ojo abierto  
en el cielo indiscreto, nuestras cenas lentas, calladas,  
extendiendo generosamente sus hermosos reflejos de cirio  
sobre el mantel frugal y las cortinas de sarga.

## C

A la criada bondadosa de la que tenías celos,  
y que reposa en calma bajo la hierba humilde,  
deberíamos, qué menos, llevarle algunas flores.  
Los muertos, los pobres muertos, tienen grandes pesares,  
y cuando sopla Octubre, podador de los árboles viejos,  
con viento melancólico en torno de sus lápidas,  
sin duda han de encontrar muy ingratos a los vivos,  
que duermen, como suelen, cálidamente en sus sábanas,  
mientras que, devorados por oscuros ensueños,  
sin compañía en el lecho, sin charlas agradables,  
añosos esqueletos gélidos roídos por gusanos,  
ellos notan cómo gotean las nieves del invierno  
y cómo el siglo se desliza sin que amigos o parientes  
reemplacen los jirones que cuelgan de su verja.  
Cuando el tronco quemado crepita y canta, si, a la tarde,  
yo la viera tranquila sentarse en el sillón,  
si, en una noche azul y fría de diciembre,  
la encontrara acurrucada en un rincón de mi cuarto,  
sería, que viene desde el fondo de su lecho eterno  
a arropar con mirada materna al niño que ha crecido,  
¿qué podría responder a aquella alma piadosa,  
viendo caer las lágrimas de sus cuencas vacías?

## CI

### Brumas y lluvias

¡Oh, finales de otoño, inviernos, primaveras bañadas en barro,  
aletargantes estaciones!, os prefiero, y celebro  
que envolváis así mi corazón y mi mente  
en un sudario nebuloso y en una vaga tumba.  
En esta gran llanura donde el frío austro campea a sus anchas,  
donde durante largas noches la veleta enronquece,  
mi alma, más a gusto que cuando llega la tibia primavera,  
abrirá totalmente sus alas de cuervo.  
Nada es más agradable para un corazón lleno de ideas fúnebres,  
y sobre el que hace tiempo se abaten las escarchas,  
oh macilentas estaciones, reinas de nuestras latitudes,  
que el semblante perpetuo de vuestras pálidas tinieblas  
—a no ser que, una noche sin luna, las parejas  
aplaquen el dolor con un amor fugaz.

## CII

### Sueño parisiense

A Constantin Guys

#### I

La imagen vaga y lejana  
de aquel paisaje terrible,  
como nunca mortal vio,  
aún me fascina esta mañana.  
¡El sueño está lleno de milagros!  
Por un capricho especial,  
yo había excluido del espectáculo  
lo vegetal desordenado,  
y, pintor orgulloso de mi genio,  
saboreaba en mi cuadro  
la embriagadora monotonía  
del metal, del mármol y del agua.  
Babel de escalinatas y de arcadas,  
era aquél un palacio infinito,  
lleno de estanques y de cascadas  
que caían sobre el oro mate o bruñido;  
y cataratas opulentas  
como cortinas de cristal  
colgaban resplandecientes  
de murallas de metal.  
No de árboles, sino de columnatas  
se rodeaban los estanques durmientes,  
donde náyades gigantescas  
se contemplaban como mujeres.  
Balsas de agua se extendían, azules,  
entre márgenes rosados y verdes,  
a lo largo de millones de leguas,  
hacia los confines del universo;  
¡había piedras insólitas

y corrientes de agua mágicas; había  
hielos inmensos deslumbrados  
por todo lo que reflejaban!  
Indiferentes y taciturnos,  
varios Ganges, desde el firmamento,  
derramaban el tesoro de sus fuentes  
en precipicios de diamante.  
Arquitecto de mis fantasmagorías,  
yo hacía pasar, a mi antojo,  
bajo un túnel de piedras preciosas  
un océano domesticado;  
y todo, hasta el mismo color negro,  
parecía pulido, claro, irisado;  
el líquido engastaba su gloria  
en el rayo de luz cristalizado.  
¡Pero, aparte de eso, ni un astro, ni un resto  
de sol, ni siquiera a ras del horizonte,  
para iluminar estos prodigios  
que brillaban con su propio fulgor!  
Y sobre estas palpitantes maravillas  
se cernía (¡terrible sorpresa!,  
¡todo para la vista, nada para el oído!)  
un silencio de eternidad.

## II

Al abrir mis ojos ahítos de luz,  
vi el horror de mi tugurio,  
y sentí que en mi alma penetraba otra vez  
el punzón de mis malditas pesadumbres;  
el reloj daba con voz fúnebre,  
brutalmente, el mediodía,  
y el cielo vertía tinieblas  
sobre el triste mundo entumecido.

### CIII

#### El crepúsculo matutino

Tocaban a diana en los patios de los cuarteles,  
y el viento mañanero soplaba contra los faroles.  
Era la hora en que el enjambre de los sueños maléficos  
retuerce en sus almohadas a los adolescentes renegridos;  
cuando la lámpara, como un ojo sangrante que palpita  
y se bambolea, echa sobre el día una mancha roja;  
cuando el alma, bajo el peso del cuerpo áspero y tosco,  
imita el combate de la lámpara con la luz del día.  
Como un rostro cubierto de lágrimas que las brisas enjugan,  
el aire se llena del temblor de las cosas que huyen,  
y el hombre está cansado de escribir y la mujer de amar.  
Aquí y allá las casas empezaban a echar humo.  
Las mujeres de la vida, con los párpados lívidos  
y la boca abierta, dormían su sueño embrutecido;  
las mendigas, a cuestras con sus pechos delgados y fríos,  
soplaban sobre sus tizones y se soplaban los dedos.  
Era la hora en que, en medio del frío y la ruindad,  
arrecian los dolores de las parturientas;  
como una queja mezclada a una sangre espumosa,  
el canto del gallo lejano rompía el aire brumoso;  
un mar de nieblas bañaba los edificios,  
y los agonizantes en lo más hondo de los asilos  
exhalaban su último estertor en hipos entrecortados.  
Los libertinos se recogían, destrozados por sus hazañas.  
La aurora aterida en traje rosa y verde  
avanzaba lentamente sobre el Sena desierto,  
y el sombrío París, frotándose los ojos,  
empuñaba sus herramientas, como un anciano laborioso.

## El vino



## CIV

### El espíritu del vino

Una noche, el espíritu del vino cantaba en las botellas:  
«¡Hombre, oh querido desheredado, te dedico,  
bajo mi cárcel de vidrio y mis granates lacres,  
un canto henchido de luz y de fraternidad!  
Yo sé bien cuánto cuesta, sobre la colina ardiente,  
en esfuerzos, en sudores y en sol abrasador,  
engendrarme la vida y darme el alma;  
pero no seré nada ingrato, ni dañino,  
pues siento una alegría inmensa cuando caigo  
en el gahate de un hombre desgastado por su trabajo,  
y su cálido pecho es una suave tumba  
donde estoy más a gusto que en las frías bodegas.  
¿Oyes cómo resuenan los estribillos de los domingos  
y la esperanza que susurra en mi seno palpitante?  
Acodado en la mesa, con las mangas remangadas,  
me glorificarás y estarás satisfecho;  
encenderé los ojos de tu mujer embelesada;  
despertaré en tu hijo su fuerza y sus colores  
y seré para el débil atleta de la vida  
como el aceite que fortalece los músculos de los luchadores.  
¡En ti caeré como vegetal ambrosía  
o semilla exquisita arrojada por el eterno Sembrador,  
para que de nuestro amor nazca la poesía  
que brotará hacia Dios como una rara flor!».

## CV

### El vino de los traperos

Muchas veces, a la roja claridad de una farola  
cuya llama agita el viento que sacude sus vidrios,  
en lo más escondido de un viejo arrabal, laberinto fangoso  
donde lo humano hierve en tormentosos fermentos,  
se ve a un trapero que viene meneando la cabeza,  
tropezando, topándose con los muros igual que un poeta,  
y, sin recatarse de los delatores, que de ellos viven,  
desahoga su corazón con gloriosos proyectos.  
Presta juramentos, dicta leyes sublimes,  
fulmina a los malos, rescata a las víctimas,  
y, bajo el firmamento suspendido como un dosel,  
se entusiasma con las excelencias de su propia virtud.  
Sí, estos tipos hostigados por celos de pareja,  
molidos por el trabajo y acosados por la edad,  
derrengados y doblados bajo una carga de residuos,  
vomitera revuelta del enorme París,  
aparecen, perfumados con olor a toneles,  
seguidos por sus compinches, veteranos de todas las batallas,  
con bigotes que cuelgan como antiguas banderas.  
Los pendones, las flores y los arcos triunfales  
se yerguen ante ellos, ¡magia solemne!,  
y en la ensordecedora y luminosa orgía  
de clarines, de sol, de gritos y tambores,  
¡ellos traen la gloria al pueblo ebrio de amor!  
Así es como a través de la Humanidad frívola  
el vino arrastra oro, Pactolo deslumbrante,  
emplea el garguero humano para cantar sus proezas  
y reina gracias a sus dádivas como los verdaderos reyes.  
Para ahogar el rencor y mecer la indolencia  
de todos estos viejos condenados que mueren en silencio,  
Dios, presa del remordimiento, había creado el sueño;  
¡el Hombre añadió el Vino, sagrado hijo del Sol!

## CVI

### El vino del asesino

Mi mujer está muerta, ¡soy libre!,  
ya puedo beber hasta reventar.  
Cuando volvía a casa sin un céntimo,  
sus gritos me desgarraban las carnes.  
Soy tan feliz como un rey;  
el aire es puro, el cielo admirable...  
¡Teníamos un verano como este  
cuando de ella me enamoré!  
La horrible sed que me destroza  
necesitaría para aplacarse  
tanto vino como pudiera contener  
su tumba; —lo que no es poco:  
la he arrojado al fondo de un pozo,  
e incluso he echado sobre ella  
todas las piedras del brocal.  
—¡La olvidaré si soy capaz!  
En nombre de los tiernos juramentos,  
de los que nada puede desatarnos,  
y para reconciliarnos  
como en los buenos tiempos de nuestra embriaguez,  
le imploré que viniera a mi cita,  
de noche, en un camino oscuro.  
¡Y allí que vino! —¡loca pendona!  
¡Todos estamos más o menos locos!  
¡Todavía era bonita,  
aunque bastante ajada!, ¡y yo  
la amaba demasiado! Ésa es la razón  
por la que le dije: ¡deja la mala vida!  
Nadie puede comprenderme. ¿Ha habido alguien  
entre los borrachos estúpidos  
que en sus noches mórbidas pensara  
hacer una mortaja con el vino?  
Semejante crápula invulnerable  
como las máquinas de hierro

¡nunca, ni en verano ni en invierno,  
ha conocido el verdadero amor,  
con sus negros conjuros,  
su infernal cortejo de zozobras,  
sus frascos de veneno, sus lágrimas,  
sus ruidos de cadenas y de huesos!  
—¡Aquí estoy, libre y solo!  
Esta noche estaré borracho perdido;  
entonces, sin miedo ni remordimiento,  
me tumbaré en el suelo,  
¡y dormiré como un perro!  
La carreta de pesadas ruedas  
cargada de piedras y de barro  
o el ómnibus rabioso pueden tranquilamente  
aplantar mi cabeza culpable  
o cortarme en dos, ¡yo me río  
de todo eso como me río de Dios,  
del Diablo o del Altar Mayor!

## CVII

### El vino del solitario

El mirar inequívoco de una mujer insinuante  
deslizado hacia nosotros como el destello blanco  
enviado por la luna sinuosa al lago trémulo  
cuando quiere bañar en él su belleza indolente;  
la última bolsa de monedas en los dedos del jugador;  
un beso descarado de la delgada Adelina,  
los sones de una música que nos desarma y nos engatusa  
como el grito lejano del humano dolor,  
nada de eso es comparable, oh botella profunda,  
a los bálsamos penetrantes que tu panza prolífica  
reserva al corazón sediento del poeta devoto;  
tú le escancias la vida, la juventud, la esperanza,  
—¡y el orgullo, ese tesoro que guarda cualquier maleante,  
que nos hace victoriosos y semejantes a los Dioses!

## CVIII

### El vino de los amantes

¡Hoy la atmósfera es espléndida!  
¡Sin bocado, ni espuelas, ni brida,  
salgamos a caballo del vino  
hacia un cielo mágico y divino!  
¡Como dos ángeles atormentados  
por una implacable alucinación,  
sigamos el lejano espejismo  
en el azul cristal de la mañana!  
Blandamente mecidos por las alas  
del torbellino inteligente,  
en nuestros delirios paralelos,  
hermana mía, nadando juntos,  
¡huiremos sin descanso ni treguas  
hacia el paraíso de mis sueños!

## Flores del mal

## CIX

### La destrucción

A mi lado se agita sin cesar el Demonio;  
flota a mi alrededor como un aire inasible;  
lo respiro y siento que quema mis pulmones  
y los llena de un ansia sempiterna y culpable.  
A veces, como conoce mi gran amor por el Arte,  
toma la forma de la más seductora de las mujeres,  
y, con pretextos embaucadores de hipócrita,  
envicia mis labios con bebedizos infames.  
Así me conduce, lejos de la mirada de Dios,  
jadeante y vencido de fatiga, hasta el centro  
de las llanuras del Hastío, hondas y despobladas,  
y arroja en mis ojos llenos de confusión  
ropas ignominiosas, heridas abiertas  
y el sangriento aparejo de la destrucción.



## CX

### Una mártir

#### Dibujo de un maestro desconocido

Entre frascos, telas satinadas  
y muebles de lujo,  
mármoles, cuadros, vestidos perfumados  
que caen en pliegues suntuosos,  
en una tibia cámara donde, como en un invernadero,  
el aire es peligroso y fatal,  
donde ramos de flores moribundas en sus féretros de vidrio  
exhalan su último suspiro,  
un cadáver sin cabeza derrama, igual que un río,  
sobre la almohada empapada  
una sangre roja y viva, de la que el lienzo se alimenta  
con la avidez de un prado.  
Como esas visiones pálidas que nacen de la sombra  
y nos esclavizan los ojos,  
la cabeza, con el amasijo de su melena oscura  
y de sus joyas valiosas,  
sobre la mesa de noche, como un ranúnculo,  
reposa; y una mirada vacía  
de pensamientos, vaga y lechosa como el crepúsculo,  
se escapa de sus ojos en blanco.  
Sobre la cama, el tronco desnudo exhibe sin recato  
con el más completo impudor  
el esplendor secreto de la fatal belleza  
que la naturaleza le otorgó;  
en la pierna ha quedado como un recuerdo una media  
rosácea, adornada con espiguillas doradas;  
la liga, como un ojo secreto que resplandece,  
dispara una mirada diamantina.  
El peculiar aspecto de tanta soledad  
y el de un gran retrato lánguido,  
de ojos provocativos lo mismo que su gesto,  
revela un amor tenebroso,  
una alegría culpable y saraos extraños

lLENOS de besos infernales,  
tan gratos al enjambre de los ángeles malos  
que flotan en los pliegues de los cortinajes;  
y aun así, contemplando la delgadez elegante  
del hombro lastimado en su contorno,  
la cadera algo huesuda y el talle atrevido  
como un reptil irritado,  
¡se ve que aún es joven! —¿Su alma exasperada  
y sus sentidos roídos por el tedio  
se entreabrieron a la jauría sedienta  
de los deseos errantes y fugaces?  
¿El hombre vengativo que, viva, no pudiste  
saciar ni aun con tanto amor,  
colmó en tu carne inerte y complaciente  
la inmensidad de su deseo?  
¡Responde, cadáver impuro!, y cuando él te alzó agarrándote  
de tus trenzas rígidas con su brazo febril,  
dime, cabeza espantosa, ¿estampó sobre tus dientes fríos  
su adiós definitivo?  
—Lejos de la gente burlona, lejos de la multitud impura,  
lejos de los jueces indiscretos,  
duerme en paz, duerme en paz, sorprendente criatura,  
en tu tumba misteriosa;  
tu esposo recorre el mundo, y tu forma inmortal  
vela junto a él cuando duerme;  
igual que lo eres tú, seguro que él te será fiel  
y constante hasta la muerte.

## CXI

### Mujeres malditas

Echadas en la arena como un rebaño pensativo,  
vuelven sus ojos hacia el horizonte de los mares,  
y sus pies que se buscan y sus manos rozándose  
tienen suaves desmayos y amargos estremecimientos.  
Unas, corazones embelesados en largas confianzas,  
al fondo de la arboleda donde murmuran los arroyos,  
van deletreando el amor de la infancia medrosa  
y marcan el tronco verde de los árboles jóvenes;  
otras, igual que monjas, andan lentas y serias  
entre las peñas llenas de apariciones, donde  
vio brotar San Antonio, como lenguas de lava,  
los pechos desnudos y purpúreos de sus tentaciones;  
hay algunas que, al resplandor de las resinas desbordantes,  
en la muda oquedad de los antiguos antros paganos,  
te piden que socorras sus fiebres vociferantes,  
¡oh Baco, tú que aplacas los remordimientos ancestrales!,  
y otras, cuyo pecho prefiere los escapularios,  
que, ocultando bajo sus largos hábitos un látigo,  
mezclan en el bosque sombrío y en las noches solitarias  
la espuma del placer con las lágrimas de las torturas.  
¡Oh vírgenes, oh demonios, oh monstruos, oh mártires,  
generosos espíritus que reprobáis la realidad,  
ansiosas de infinito, devotas y satiresas,  
tan pronto rebosantes de gritos como henchidas de llantos,  
vosotras que mi alma ha seguido hasta vuestro infierno,  
pobres hermanas mías, os amo tanto como os compadezco  
por vuestros lúgubres dolores, vuestra sed no saciada  
y los cálices de amor que llenan vuestro gran corazón!

## CXII

### Las dos monjas

La Lujuria y la Muerte son dos mujeres complacientes,  
pródigas en besos y pletóricas de salud,  
cuyas entrañas siempre vírgenes y adornadas de harapos  
no han dado fruto nunca bajo el laboreo perpetuo.  
Al poeta siniestro, enemigo de las familias,  
favorito del infierno, mantenido mal pagado,  
tumbas y burdeles le muestran bajo sus enramadas  
un lecho nunca visitado por el remordimiento.  
Y la caja de muerto y la alcoba, fecundas en blasfemias,  
nos ofrecen, como dos monjitas, lo mismo  
terribles placeres que espantosas dulzuras.  
¿Cuándo vas a enterrarme, Lujuria de brazos inmundos?  
¡Oh Muerte, su rival en encantos!, ¿cuándo vendrás a injertar  
en sus mirtos infectos tus negros cipreses?

## CXIII

### La fuente de sangre

A veces me parece que mi sangre sale de mí a borbotones,  
lo mismo que una fuente de rítmicos sollozos.  
Claramente la oigo fluir con un largo murmullo,  
pero me palpo en vano para encontrar la herida.  
Por toda la ciudad, como en su propia finca,  
ella se extiende, transformando los adoquines en islotes,  
apagando la sed de todas las criaturas,  
tiñendo de rojo la naturaleza entera.  
He rogado muchas veces a los vinos capciosos  
que al menos por un día adormezcan el terror que me consume;  
¡el vino aclara la vista y agudiza el oído!  
He buscado en el amor un sueño que me haga olvidar;  
¡pero el amor es para mí solo un colchón de agujas  
hecho para dar de beber a esas crueles mujerzuelas!

## CXIV

### Alegoría

Es una mujer hermosa y de nuca opulenta,  
que deja caer la cabellera en su vino.  
Las garras del amor, los venenos del garito,  
todo resbala y todo se embota ante su piel granítica.  
Se ríe de la Muerte y ridiculiza a la Lujuria,  
esos monstruos cuya mano, que siempre rasga y siega,  
ha respetado sin embargo, en sus juegos destructores,  
la majestad severa de este cuerpo firme y enhiesto.  
Camina como una diosa y se recuesta como una sultana;  
tiene fe mahometana en el placer,  
y a sus brazos abiertos, donde rebosan sus pechos,  
convoca con los ojos al género humano.  
Ella cree, ella sabe, esta virgen estéril  
y aun así necesaria para que el mundo avance,  
que la belleza física es un sublime don  
que consigue el perdón de todas las infamias.  
Le son indiferentes tanto el Infierno como el Purgatorio,  
y cuando llegue la hora de entrar en la Noche negra,  
mirará el rostro de la Muerte  
como mira un recién nacido —sin odio y sin remordimiento.

## CXV

Beatriz

En paisajes cenicientos, calcinados, sin verdor,  
un día, mientras estaba quejándome a la naturaleza,  
y que, vagando al azar, lentamente afilaba  
el puñal de mi mente sobre mi corazón,  
vi descender sobre mi cabeza en pleno mediodía  
una nube fúnebre y preñada de tormenta  
que sostenía una turba de demonios viciosos,  
semejantes a enanos crueles y fisgones.  
Se pusieron a examinarme fríamente  
y, como transeúntes ante un loco que les llama la atención,  
los escuché reír y cuchichear entre ellos  
intercambiando bastantes señales y no pocos guiños:  
—«Contemplemos detenidamente esta caricatura  
y esta sombra de Hamlet que imita sus gestos,  
la mirada indecisa y los cabellos al viento.  
¿No es lamentable ver a este vividor,  
a este bribón, a este histrión sin trabajo, a este truhán  
que, porque sabe interpretar su papel con cierto arte,  
pretende que se fijen en el canto de sus penas  
las águilas, los grillos, los arroyos y flores,  
e incluso a nosotros, inventores de esas antiguas argucias,  
nos quiere recitar a gritos sus pregones en verso?». Yo habría podido (mi orgullo, tan alto como un monte,  
sobrevuela la nube y el chillido de los demonios)  
simplemente apartar mi cabeza soberbia,  
si no hubiera visto en medio del tropel obscuro  
—¡crimen que no ha hecho tambalearse al sol!—  
a la reina de mi corazón, la de mirada sin par,  
que se reía con ellos de mi triste desamparo  
y a veces les regalaba una sucia caricia.

## CXVI

### Un viaje a Citerea

Mi corazón, como un pájaro, revoloteaba tan contento  
y planeaba libremente alrededor de las jarcias;  
el navío bogaba bajo un cielo sin nubes  
como un ángel embriagado por el radiante sol.  
¿Cuál es esa isla triste y negra? —Es Citerea,  
nos dicen, un país muy conocido por los madrigales,  
Eldorado banal de todo solterón.  
Miradla, a fin de cuentas, es una pobre tierra.  
—¡Isla de los dulces secretos y las fiestas galantes!  
El fantasma soberbio de la Venus antigua  
se cierne sobre tus mares como un aroma,  
y llena los espíritus de amor y languidez.  
¡Hermosa isla de mirtos verdes, siempre con flores abiertas,  
venerada sin fin por todas las naciones,  
donde los suspiros de los corazones extasiados  
flotan como el incienso sobre un jardín de rosas  
o el arrullo perenne de la paloma torcaz!  
—Citerea ya era sólo un paisaje de lo más escuálido,  
un desierto rocoso turbado por gritos ásperos.  
¡Sin embargo, yo divisaba un objeto singular!  
No era un templo de umbrías boscosas,  
donde la joven sacerdotisa, enamorada de las flores,  
con su cuerpo abrasado por secretos ardores,  
fuera entreabriendo sus ropas a las brisas fugaces;  
sino que, cuando rozamos tan de cerca la costa  
que espantamos a los pájaros con nuestras velas blancas,  
vimos que era una horca de tres brazos,  
destacada en negro sobre el cielo, como un ciprés.  
Ferozes pájaros posados sobre su propia pitanza  
destrozaban con rabia a un ahorcado ya maduro,  
hincando cada uno su pico inmundo, como una herramienta,  
en todos los rincones sangrantes de aquella podredumbre;  
los ojos eran dos agujeros, y del vientre desgarrado  
caían los intestinos pesados sobre los muslos,



y sus verdugos, ahítos de espantosas delicias,  
lo habían castrado totalmente a picotazos.  
A los pies, una turba de envidiosos cuadrúpedos,  
levantando el hocico, husmeaban dando vueltas;  
en medio de ellos se agitaba una bestia más grande  
como el que va a ajusticiar rodeado de sus acólitos.  
Morador de Citerea, hijo de un cielo tan hermoso,  
tú sufrías en silencio estas injurias  
para expiar tu culto infame  
y los pecados que te han excluido de la tumba.  
¡Ahorcado ridículo, míos son tus dolores!  
Yo sentí, ante el aspecto de tus miembros penduleantes,  
que subía hacia mis dientes, como un vómito,  
el largo río de hiel de los dolores antiguos;  
ante ti, pobre diablo de tan entrañable recuerdo,  
sentí todos los picos y todas las mandíbulas  
de los cuervos hirientes y de las panteras negras  
que en tiempos disfrutaban torturando mi carne.  
—El cielo era un encanto, el mar estaba liso;  
pero ya para mí todo era negro y estaba ensangrentado,  
y, ¡ay de mí!, tenía el corazón amortajado,  
como en un sudario tosco, en aquella alegoría.  
¡Oh Venus!, en tu isla solo he encontrado en pie  
una horca simbólica de la que colgaba mi imagen...  
—¡Ah, Señor!, ¡concédeme la fuerza y el valor  
para contemplar mi cuerpo y mi alma sin asco!

## CXVII

### El amorcillo y la calavera

#### Viñeta antigua

El amorcillo está sentado sobre la calavera  
de la Humanidad,  
y en ese trono, el muy profano,  
con risa descarada,  
alegremente sopla y hace pompas redondas  
que ascienden por el aire,  
como para fundirse con los mundos  
de lo más hondo del éter.

El globo luminoso y débil  
cobra un gran impulso,  
revienta y escupe su alma endeble  
como un sueño de oro.

Con cada pompa, oigo a la calavera  
rogar y gemir:

—«Este juego feroz y ridículo,  
¿cuándo va a terminar?  
¡Porque eso que tu boca cruel  
esparce por el aire,  
monstruo asesino, es mi cerebro,  
mi carne y mi sangre!».

## Rebelión

## CXVIII

### La negación de San Pedro

¿Y qué hace Dios con esta oleada de anatemas  
que asciende cada día hacia sus queridos Serafines?  
Como un tirano ahito de carnes y de vinos,  
se adormece al dulce son de nuestras blasfemias atroces.  
¡Los lamentos de los mártires y de los torturados  
son una sinfonía sin duda embriagadora  
porque, a pesar de la sangre que cuesta su voluptuosidad,  
los cielos aún no están totalmente saciados!  
—¡Ah, Jesús, acuérdate del Huerto de los Olivos!  
En tu simplicidad rezabas de rodillas  
al que en su cielo reía del ruido de los clavos  
que verdugos abyectos clavaban en tus carnes vivas,  
cuando viste escupir sobre tu divinidad  
a la crápula del cuerpo de guardia y de las cocinas,  
y cuando sentiste hundirse las espinas  
en tu cráneo, donde vivía la inmensa Humanidad;  
cuando el fardo horrible de tu cuerpo roto  
alargaba tus brazos desmayados, y tu sangre  
y tu sudor brotaban de tu frente que empalidecía,  
cuando fuiste expuesto ante todos como una diana,  
¿recordabas aquellos días tan brillantes y tan hermosos  
en que viniste para cumplir la promesa eterna,  
cuando, montado en una mansa burra, hollabas  
caminos alfombrados de flores y de ramos,  
cuando, con pecho henchido de esperanza y valor,  
azotabas con todas tus fuerzas a aquellos viles mercaderes,  
cuando, en fin, fuiste el Maestro? ¿No se hundió en tu costado  
el remordimiento mucho antes que la lanza?  
—Por mi parte, seguro que saldré con mucho gusto  
de un mundo en que la acción no es hermana del sueño;  
¡ojalá emplee la espada y perezca por la espada!  
San Pedro renegó de Jesús..., ¡hizo bien!

## CXIX

### Caín y Abel

#### I

Raza de Abel, duerme, come y bebe;  
Dios te sonríe complacientemente.  
Raza de Caín, en el fango  
revuélcate y muere miserablemente.  
Raza de Abel, ¡tu sacrificio  
agrada a la nariz del Serafín!  
Raza de Caín, ¿tu suplicio  
tendrá fin alguna vez?  
Raza de Abel, mira cómo prosperan  
tus cosechas y tu ganado.  
Raza de Caín, tus entrañas  
aúllan de hambre como un perro viejo.  
Raza de Abel, calienta tu vientre  
en tu hogar patriarcal;  
Raza de Caín, ¡tiembla de frío  
en tu guarida, pobre chacal!  
Raza de Abel, ¡jama y multiplícate!  
Tu oro también tiene descendencia.  
Raza de Caín, corazón que arde,  
cúdate de esos grandes deseos.  
Raza de Abel, ¡creces y te apacientas  
como las mariposas del bosque!  
Raza de Caín, arrastra por los caminos  
a tu familia acosada.

#### II

¡Ah, raza de Abel, tu carroña  
abonará el suelo humeante!  
Raza de Caín, tu misión  
no ha sido cumplida por completo.

¡Raza de Abel, ésta es tu vergüenza:  
el venablo ha vencido a la reja del arado!  
¡Raza de Caín, sube al cielo,  
y arroja a Dios contra la tierra!

## CXX

### Las letanías de Satán

Oh tú, el más sabio y hermoso de los Ángeles,  
dios traicionado por el destino y privado de alabanzas,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Oh Príncipe del exilio a quien hemos agraviado,  
y que, vencido, siempre te yergues aún más fuerte,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que todo lo sabes, gran rey del mundo subterráneo,  
familiar curandero de las angustias humanas,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que, incluso a los leprosos, a los parias malditos,  
enseñas por medio del amor el sabor del Paraíso,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Oh tú que engendraste en la Muerte, tu vieja y dura amante,  
la Esperanza —¡una loca encantadora!,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que das al proscrito esa mirada serena y altiva  
que condena a todo un pueblo alrededor de un cadalso,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que sabes en qué rincones de las tierras avaras  
ocultó el Dios celoso las piedras preciosas,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú cuyo ojo clarividente conoce los arsenales profundos  
donde duerme enterrada la raza de los metales,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú, cuya mano ancha evita los despeñaderos  
al sonámbulo errante en las cornisas de los edificios,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que, mágicamente, alivias los viejos huesos  
del borracho rezagado pisoteado por los caballos,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que, para consolar al hombre débil que sufre,  
nos enseñaste a mezclar el nitrato con el azufre,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que imprimes tu huella, oh cómplice sutil,

en la frente de Crespo despiadado y ruin,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Tú que pones en los ojos y en el corazón de las muchachas  
el culto de la llaga y la atracción por el harapo,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Bastón de los exiliados, luminaria de los inventores,  
confesor de los ahorcados y de los conspiradores,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!  
Padre adoptivo de aquellos que Dios Padre  
con su negra ira ha expulsado del paraíso terrenal,  
¡oh Satán, ten piedad de mi miseria interminable!

### **Oración**

¡Gloria y alabanza a ti, Satán, en las alturas  
del Cielo, donde reinaste, y en las profundidades  
del Infierno, donde, vencido, meditas en silencio!  
¡Haz que mi alma un día, bajo el Árbol de la Ciencia,  
a tu lado descanse, cuando sobre tu frente  
se prolonguen sus ramas igual que un Templo nuevo!



## La muerte

## CXXI

### La muerte de los amantes

Tendremos lechos impregnados de sutiles aromas,  
divanes profundos como tumbas  
y flores extrañas en los anaqueles  
abiertas para nosotros bajo cielos más hermosos.  
Consumiendo a capricho sus calores últimos,  
nuestros corazones serán dos grandes antorchas  
que reflejarán su doble resplandor  
en nuestros espíritus, estos espejos mellizos.  
En un atardecer mezclado de rosa y azul místico,  
intercambiaremos un destello único,  
como un largo lamento, henchido de adioses;  
y después un Ángel, entreabriendo las puertas,  
vendrá a reanimar, leal y feliz,  
los espejos empañados y las llamas muertas.

## CXXII

### La muerte de los pobres

La Muerte es la que consuela, ¡ay!, y la que hace vivir,  
es la meta de la vida y la única esperanza  
que, como un elixir, nos entona y nos embriaga,  
y nos da ánimos para avanzar hasta la noche;  
bajo la tempestad y la nieve y la escarcha,  
es la claridad que vibra en nuestro horizonte oscuro;  
el conocido albergue que se plasma en el libro,  
donde podremos comer y dormir e instalarnos;  
es un Ángel que tiene en sus dedos magnéticos  
el buen dormir y el don de los sueños extáticos,  
y el que hace la cama de los pobres y desnudos;  
es la gloria de los dioses, es el granero místico,  
es la bolsa del pobre y su patria ancestral,  
¡es el pórtico abierto a los Cielos ignotos!

## CXXIII

### La muerte de los artistas

¿Cuántas veces tendré que agitar mis cascabeles  
y besar tu frente ruin, caricatura tétrica?  
Para acertar en el blanco, de naturaleza mística,  
¿cuántas flechas, oh aljaba, tendré yo que perder?  
¡Gastaremos nuestra alma en sutiles argucias  
y demoleremos más de un pesado armazón  
antes de contemplar la grandiosa Criatura  
cuya búsqueda infernal nos llena de sollozos!  
Hay quienes nunca han conocido a su Ídolo,  
y esos escultores condenados y marcados por la afrenta,  
que se alejan golpeándose el pecho y la frente,  
solo tienen una esperanza, ¡raro Capitolio oscuro!,  
¡y es que la Muerte, dominándolo todo como un nuevo sol,  
haga abrirse las flores de su mente!

## CXXIV

### El fin de la jornada

Bajo una luz macilenta  
corre, baila y se retuerce sin sentido  
la Vida, impúdica y chillona.  
Por eso, tan pronto como por el horizonte  
sube la noche voluptuosa,  
apacándolo todo, incluso el hambre,  
borrándolo todo, incluso la vergüenza,  
el Poeta se dice: «¡Por fin!  
Mi espíritu, igual que mis vértebras,  
invoca el descanso ardientemente;  
con el corazón lleno de ensueños fúnebres,  
voy a tumbarme bocarriba  
y a envolverme en vuestros cortinajes,  
¡oh reconfortantes tinieblas!».

## CXXV

### El sueño de un curioso

A F. N.

Conoces como yo el sabroso dolor,  
y haces decir de ti: «¡Oh, ese hombre insólito!».  
—Yo estaba a punto de morir. Sentía en mi alma amorosa,  
con deseo y espanto mezclados, un raro sufrimiento;  
angustia y esperanza intensa, sin ánimo rebelde.  
Conforme se vaciaba el fatal reloj de arena,  
mi tortura era más áspera y deliciosa;  
mi corazón entero se desprendía del mundo familiar.  
Era yo como el niño impaciente antes del espectáculo,  
que odia el telón como se odia un estorbo...  
Por fin la verdad fría se reveló:  
yo había muerto sin sobresalto, y la terrible aurora  
me envolvía. —¡Pero bueno!, ¿entonces, solo es esto?  
Se había alzado el telón y yo esperaba todavía.

## CXXVI

### El viaje

A Maxime du Camp

#### I

Para el niño, prendado de mapas y de láminas,  
el universo corresponde a su vasta ambición.  
¡Ah, qué grande es el mundo a la luz de las lámparas!,  
¡y qué pequeño para los ojos del recuerdo!  
Una mañana salimos de viaje, la mente encendida,  
el corazón preñado de rencor y de deseos amargos,  
y, siguiendo el ritmo de las olas, vamos  
meciendo nuestro infinito en la finitud de los mares:  
unos abandonan contentos una patria infame;  
otros, el horror de sus cunas, y unos cuantos,  
astrólogos ahogados en los ojos de una mujer,  
la tiránica Circe de perfumes temibles.  
Para no ser convertidos en animales, se embriagan  
de espacio y de luz y de cielos en ascuas;  
el hielo que los muerde, los soles que los queman  
van borrando despacio la señal de los besos.  
Pero los verdaderos viajeros son solo aquellos que se van  
por irse; corazones ligeros como globos,  
ésos nunca se alejan de su fatalidad,  
y sin saber por qué, siempre dicen: ¡Vamos!  
¡Esos cuyos deseos tienen forma de nubes,  
y que sueñan despiertos, como un recluta sueña con el cañón,  
inmensas voluptuosidades, cambiantes, imprevistas,  
de nombre siempre oculto al espíritu humano!

#### II

Imitamos, ¡qué horror!, al trompo y a la bola  
en su vals y sus brincos; hasta cuando dormimos

la Curiosidad nos atormenta y nos hace dar vueltas  
como un Ángel cruel que azota soles.  
¡Extraño destino cuya meta se mueve,  
y, al no estar en ningún punto, puede estar en cualquier parte!,  
¡el del hombre que, con su esperanza nunca desfalleciente,  
para encontrar descanso siempre corre como un loco!  
Nuestra alma es una fragata en busca de su Icaria;  
en el puente resuena una voz: «¡Ojo avizor!»,  
otra desde la cofa grita ardiente y alocada:  
«¡Amor..., gloria..., felicidad!» ¡Maldición!, ¡es un escollo!  
Cada islote que indica el vigía  
es un Eldorado prometido por el Destino;  
la Imaginación que prepara su orgía  
solo encuentra un peñasco a la luz de la mañana.  
¡Oh el pobre enamorado de los países quiméricos!  
¿Habría que encerrarlo, que tirarlo a la mar,  
a ese marinero borracho, inventor de Américas  
cuyo espejismo hace más amargo el piélago?  
Así el viejo vagabundo que chapotea en el barro  
y está en las nubes, sueña con radiantes paraísos;  
su ojo encandilado descubre una Capua  
allí donde la vela ilumina un cuchitril.

### III

¡Asombrosos viajeros! ¡Qué nobles historias  
leemos en vuestros ojos profundos como los mares!  
¡Abridnos los estuches de vuestras ricas memorias,  
mostradnos esas joyas admirables de astros y de atmósferas!  
¡Queremos viajar sin vapor y sin vela!  
Para distraer el tedio de nuestras cárceles, haced  
que se graben en nuestros espíritus, tensos como un lienzo,  
vuestros recuerdos enmarcados por los horizontes.  
Decid, ¿qué habéis visto?

### IV

«Hemos visto astros



y mares; hemos visto desiertos también;  
y pese a los tropiezos y a los desastres imprevistos,  
nos hemos aburrido muchas veces, como aquí.  
La gloria del sol sobre la mar violeta,  
la gloria de las ciudades a la hora del sol poniente,  
encendían en nuestro corazón un entusiasmo inquieto  
por sumergirnos en un cielo de reflejos seductores.  
Las más ricas ciudades, los paisajes más extensos,  
no contenían nunca el atractivo misterioso  
de las figuras que el azar compone con las nubes.  
¡Y el ansia siempre nos quitaba el sosiego!  
—El gozo añade fuerzas al deseo.  
¡Deseo, viejo árbol al que sirve de abono el placer,  
en tanto que tu corteza se ensancha y se endurece,  
tus ramas quieren ver el sol desde más cerca!  
¿Crecerás sin cesar, altísimo árbol más vivaz  
que el ciprés? —Aun así, hemos cosechado, cuidadosamente,  
algunos bocetos para vuestro álbum ávido,  
¡hermanos que encontráis hermoso cuanto viene de lejos!  
Hemos visitado ídolos con trompa de elefante,  
sitiales engastados de joyas luminosas,  
palacios esculpidos cuyo lujo de fábula  
sería un sueño ruinoso para vuestros banqueros;  
ropajes que son una borrachera para los ojos;  
mujeres con las uñas y los dientes teñidos,  
y juglares expertos que la serpiente acaricia».

## V

—Bueno, ¿y qué?, ¿y qué más?

## VI

«¡Oh mentes infantiles!  
Para no olvidar la principal cuestión,  
hemos visto en cualquier lugar y sin haberlo buscado,  
de lo alto a lo bajo de las inevitables jerarquías,  
el tedioso espectáculo del pecado inmortal:

La mujer, vil esclava, orgullosa y estúpida,  
adorándose sin darse risa y amándose sin asco;  
el hombre, tirano tragón, lujurioso, codicioso y cruel,  
esclavo del esclavo y reguero en la cloaca;  
el verdugo que disfruta, el mártir que solloza;  
la fiesta amenizada y perfumada con sangre;  
el veneno del poder reblandeciendo al déspota,  
y el pueblo enamorado del látigo embrutecedor;  
bastantes religiones parecidas a la nuestra,  
todas escalando los cielos; la Santidad,  
igual que el exquisito se arrellana en su lecho de plumas,  
buscando el placer en los azotes y en los clavos;  
la charlatana Humanidad, engreída por su talento,  
e igual de loca hoy que lo estaba hace siglos,  
gritándole a Dios, en su furiosa agonía:  
“¡Oh mi doble, oh mi maestro, maldito seas!”  
¡Y los menos estúpidos, que se atreven a preferir la Demencia,  
huyendo del gran rebaño que el Destino acorralla  
y refugiándose en el opio sin límites!  
—Ése es el eterno resumen de noticias del globo terrestre.»

## VII

¡Amarga lección, la que se saca del viaje!  
El mundo, monótono y pequeño, hoy,  
ayer, mañana, siempre, nos hace ver nuestra imagen:  
¡un oasis de horror en un desierto de tedio!  
¿Hay que irse?, ¿o quedarse? Si puedes quedarte, quédate;  
Vete, si es necesario. Hay quien corre y quien se encierra  
para engañar al enemigo vigilante y funesto,  
¡el Tiempo! Hay, por desgracia, corredores sin tregua,  
como el Judío errante y como los apóstoles,  
a quienes nada basta, ni el tren ni el navío,  
para huir de este infame gladiador; hay otros  
que consiguen matarlo sin salir de su tierra natal.  
Cuando por fin él ponga el pie en nuestro espinazo,  
podremos confiar y gritar: ¡Adelante!  
Igual que en otro tiempo salíamos hacia China,  
con la vista en alta mar y los cabellos al viento,

nos adentraremos en el mar de las Tinieblas  
con el alma gozosa de un joven pasajero.  
¿Escucháis esas voces, atrayentes y fúnebres,  
que cantan: «¡Por aquí, los que queréis comer  
el Loto perfumado!, aquí es donde se cosechan  
los frutos milagrosos de los que vuestro corazón está hambriento;  
venid a emborracharos de la dulzura extraña  
de esta siesta que nunca tiene fin»?  
Por el acento familiar, adivinamos el espectro;  
desde allá, nuestros Pílates tienden sus brazos hacia nosotros.  
«¡Para reanimar tu corazón, ven nadando hacia tu Electra!»,  
dice aquella cuyas rodillas hace tiempo besábamos.

## VIII

¡Oh Muerte, viejo capitán, llegó la hora, levemos anclas!  
Nos aburre esta tierra, ¡oh Muerte, zarpemos ya!  
¡Si el cielo y el mar son negros como la tinta,  
nuestros corazones, que bien conoces, están llenos de resplandores!  
¡Sírvenos tu veneno para que nos reconforte!  
De tanto que este fuego nos abrasa el cerebro, queremos  
hundirnos en el fondo del abismo, Infierno o Cielo, ¿qué más da?,  
¡al fondo de lo Desconocido para encontrar lo nuevo!